

Epifanio de Salamina

PANARION

LIBRO I, PARTE I

Prólogo

Estas son las [cosas] contenidas en el primer volumen del primer libro de la refutación de las [veinte] sectas, <en el cual hay veinte sectas>, de tal manera:

En primer lugar, estas son las fuentes de todas las sectas y sus denominaciones originales; de estas cinco fuentes surgieron las demás, y las primeras cuatro son estas:

La primera es la Barbarie, la cual [surgió] por sí misma^{vi}. Subsistió por diez generaciones, desde los días de Adán hasta los de Noé. Ha sido denominada Barbarie dado que los hombres de ese entonces no tenían un gobernante ni estaban en común acuerdo, sino que cada uno buscaba su propio provecho y era ley para sí mismo, según la inclinación de su propia voluntad.

La segunda es la [secta] de los Escitas^{vii}, desde los días de Noé hasta la construcción de la torre de Babel, y después del tiempo de la torre [subsistió] por unos pocos años, esto es, hasta Peleg y Reu^{viii}. Los Escitas han ingresado en la región de Europa por la parte de Escitia y se han asimilado con sus pueblos desde la época de Taré - de quien han surgido los Tracios - y más aún.

La tercera es el Helenismo, que se impuso ciertamente desde los tiempos de Serug^{ix} por medio de la idolatría - puesto que en aquel entonces cada uno se inclinaba por alguna superstición - y por un modo de vida más civilizado, y por los usos y costumbres. Al someterse al poder de los ídolos que se impusieron, las tribus de hombres divinizaron a aquellos que entonces los dirigían, pintando al gobernante por medio de colores y representando a los que antiguamente habían sido apreciados por ellos - ya fueran tiranos o charlatanes o cualquier otro al que hubieran servido en vida y que creían dignos de recordación - con cuerpos fuertes y vigorosos. Luego, a partir de los tiempos de Taré padre de Abraham, instituyeron el error de la idolatría por medio de estatuas, al principio honrando a sus ancestros y a los que habían muerto antes que ellos a través de representaciones elaboradas gracias a la técnica cerámica; después los representaron por medio de cada una de las artes: los constructores tallaron la piedra, los plateros y los orfebres trabajaron el material que le es propio, así como también los carpinteros y los [otros artesanos] consecutivamente (pues los Egipcios, Babilonios, Frigios y Fenicios fueron los primeros en establecer esta misma práctica religiosa, la de la confección de imágenes y de los misterios, la mayor parte de los cuales fueron llevados a la Hélade desde la época de Cécrope y los que lo siguieron); por último, y mucho después, proclamaron dioses a Cronos y Rea, Zeus y Apolo y los demás. Los Helenos se han denominado así por un hombre de los que habitaron en la Hélade [llamado] Heleno,

que dio el sobrenombre a la región; otros dicen que es por los olivos [*elaiôn*] que crecían en Atenas. Pero los Jonios han sido los antepasados de estos – hasta donde se puede tener la seguridad – [surgidos] a partir de Javán^x, un varón de los que construyeron la torre, cuando fueron divididas las lenguas de los hombres; por esa causa todos han sido llamados Méropes, debido a que el idioma fue dividido^{xi}. Por último, y más próximo en el tiempo, el Helenismo se inclinó hacia [distintas] sectas, quiero decir los Pitagóricos, los Estoicos, los Platónicos, los Epicúreos y los demás. Pero junto con la marca distintiva de la piedad existía la ley natural, asimilada por aquellos pueblos, y el Helenismo se constituyó impensadamente en un punto intermedio entre la Barbarie y los Escitas, distinguiéndose a sí mismo desde la creación del mundo hasta el presente, hasta que fue incluido en la piedad de Abraham.

Y luego el Judaísmo, que recibió la marca [del pacto] por medio de la circuncisión desde los tiempos de Abraham y se extendió con Moisés, séptimo desde Abraham, por medio de la ley que Dios dio a través de él; pero fue desde David, quien primero reinó sobre la tribu de Judá, que recibió el nombre final de Judaísmo por Judá, cuarto hijo de Jacob, que fue apodado Israel. El Apóstol, al hacer una apreciación acerca de estas cuatro sectas, dijo claramente: “Pues en Cristo Jesús no hay Bárbaro, ni Escita, ni Griego, ni Judío, sino una nueva creación”.^{xii}

Diferencias de las [sectas] griegas:

Pitagóricos o Peripatéticos^{xiii}: Pitágoras enseñó la Mónada, la Providencia, prohibió la adoración de los supuestos dioses, a no tomar [la vida] de animales y abstenerse del vino. Distinguía también entre las cosas que están por encima de la luna, diciendo que son inmortales, mientras que las inferiores son mortales; enseñó la transmigración de las almas de unos cuerpos a otros, incluso de animales salvajes, y a practicar el silencio por un período de cinco años. Finalmente, se llamó a sí mismo un dios.

Platónicos: enseñaron a Dios, la materia y la forma, que el universo es creado y corruptible, pero el alma es increada, inmortal y divina; tiene tres partes: racional, impulsiva y apetitiva. Las mujeres son comunes a todos y nadie puede tener una esposa propia, sino que los [hombres] que quieran pueden unirse con las [mujeres] que estén dispuestas. Así también, enseñó la transmigración de las almas a diversas clases de cuerpos, incluso de animales salvajes, y que los muchos dioses proceden del Uno.

Estoicos: consideran que este mundo sensible es un dios y sostienen que el universo es su cuerpo,

pero algunos declararon que su naturaleza procede de la esencia del fuego. Por un lado definen a Dios como “inteligencia”, que es como un alma que envuelve todo lo que existe en el cielo y en la tierra, y por otro lado el universo, que como dije es su cuerpo, y las estrellas son los ojos. La carne de todos los seres ha de perecer y el alma de todos ha de transmigrar de cuerpo en cuerpo.

Epicúreos: supusieron que el principio de todas las cosas estaba compuesto de cuerpos simples e indivisibles, homogéneos e infinitos. Enseñaron que el placer es el fin de la felicidad, y que ni Dios ni la Providencia dirigen las circunstancias.

Samaritanismo y los Samaritanos que derivan del mismo: es una [secta] del Judaísmo. Ha surgido a partir de los tiempos de Nabucodonosor y la cautividad de los Judíos; es anterior al establecimiento de las sectas en Grecia y a la constitución de sus creencias, pero posterior a que existiera la religión de los Griegos, a mitad de [la historia] del Judaísmo. Son extranjeros que vinieron desde Asiria a Judea, enviados por el rey de Babilonia por medio del sacerdote llamado Esdras^{xiv}. Aceptan sólo el Pentateuco de Moisés y son iguales a los Judíos en todo, excepto que aborrecen a los gentiles y ni tienen contacto con ellos, pero rechazan la resurrección de los muertos y las otras profecías posteriores a las de Moisés.

Las sectas de los Samaritanos son cuatro:

Gorotenos: los que festejan las celebraciones en distintos tiempos que los Sebueos.

Sebueos: los que difieren con los Gorotenos por la misma causa, las festividades.

Esenios: no se oponen a ninguno de los dos, sino que celebran las festividades indistintamente con los que se presenten.

Dosíteos: están asimilados a las mismas costumbres que tienen los Samaritanos, la circuncisión, el sábado y las otras. Se sirven del Pentateuco. Pero van más allá que los otros, pues evitan matar animales y llevan una vida de continuos ayunos. Algunos de ellos practican el celibato, otros la continencia; creen en la resurrección de los muertos, lo cual es extraño a los Samaritanos.

Las sectas de los Judíos son siete:

Escribas: los cuales eran entendidos en las leyes y quienes repetían las tradiciones de sus mayores. Por su extremada observancia religiosa

guardan costumbres que no han aprendido por la Ley, sino que las crearon por sí mismos, reglas del orden de la legislación.

Fariseos: se puede interpretar como “los separados”, los que viven de un modo más perfecto y son más estimados que los otros. Entre ellos hay acuerdo – como así también entre los Escribas – sobre la resurrección de los muertos, los ángeles y el Espíritu Santo. Tienen un modo de vida eminente: continencia y abstinencia de comercio carnal por un tiempo, ayuno dos veces por semana, purificación de los recipientes, platos y vasos – como entre los Escribas – dan el diezmo y las primicias, constante oración, las ritualmente escrupulosas maneras de su vestimenta, en la ropa y los mantones o más bien túnicas, en el ancho de las filacterias – que son marcas de color púrpura, flecos y granadas^{xv} en los bordes de la ropa – las cuales cosas venían a ser entre ellos una señal de un período de continencia. Además aportaron [las ideas] de fortuna y destino.

Saduceos: significa “los más justos”. Eran descendientes, junto con los Samaritanos, de un sacerdote de nombre Sadoc^{xvi}. Negaban la resurrección de los muertos y no admitían la [existencia] de los ángeles ni del Espíritu [Santo], pero en todas las demás cosas eran Judíos.

Hemerobaptistas: estos eran completamente Judíos, pero decían que nadie podía alcanzar la vida eterna a no ser que se bautizara cada [día].

Osenos: que significa “los más ardientes”. Eran cumplidores de todas las cuestiones legales, pero también empleaban distintas escrituras además de la Ley, aunque rechazaban a la mayoría de los profetas posteriores.

Nasareos: que se puede traducir como “los rebeldes”, los cuales prohibían absolutamente el comer cualquier clase de carne o quitar la vida de animales. Emplean y creen en los santos nombres de los patriarcas que están en el Pentateuco hasta Moisés y Josué hijo de Nun – hablo de Abraham, Isaac y Jacob y los anteriores, y Moisés mismo, Aarón y Josué – pero sostienen que las escrituras del Pentateuco no son de Moisés, afirmando tener otras aparte de estas.

Herodianos: eran Judíos en todo, pero creían que Herodes era el Cristo, y por esto le dieron el honor y el nombre de Cristo.

Este es el primer volumen, que contiene [la descripción] de todas estas veinte sectas; en el mismo también [se trata] acerca del tema de la encarnación de Cristo y de la confesión de la verdad.

Habiendo hecho referencia y hablado al principio de la fe y de la incredulidad, de la opinión correcta y de la opinión diferente, haré memoria de la creación del mundo y lo sucesivo, no emprendiéndolo por mi capacidad o a partir de mi propio razonamiento sino del modo en que Dios, el Señor de todas las cosas, el Misericordioso, lo reveló a sus profetas y por medio de ellos nos consideró dignos de [recibir] el conocimiento de todo, según lo permitido por la naturaleza humana. Y, en primer lugar, apenas comienzo a investigar a fondo acerca de estas cosas no sólo me veo puesto en un no pequeño esfuerzo, sino que también siento un vehemente temor de no alcanzar el objetivo, e invoco al Santo Dios mismo, a su Hijo unigénito Jesucristo y a su Espíritu Santo a fin de que ilumine nuestra pobre inteligencia con la luz del conocimiento de estas cosas. Los poetas, escritores e historiadores de los Griegos, al componer alguna obra fabulosa, invocaban a una Musa. Pero [la Musa] no es Dios; su sabiduría era demoníaca y “terrenal, y no desciende de lo alto”^{xvii}, según lo que está escrito. Pero nosotros invocamos al santo Señor del universo para que se haga cargo de nuestra miseria y a su Espíritu Santo para que nos inspire, para no incluir nada que sea falso en la redacción del escrito prometido. Y habiendo suplicado esto mismo – “según la medida de la fe y en proporción”^{xviii} conocemos la insuficiencia de nosotros mismos - le rogamos que nos lo conceda.

Que le quede [claro] al lector nuestro propósito a través de toda la investigación: son los descubrimientos de los tiempos y las edades, los cuales nuestro pequeño entendimiento fue capaz de alcanzar al ejercitarse, y de ningún modo pretendemos [abarcar] todas las cosas en el universo; pues hay cosas inefables y [otras] expresables, indecibles y que no tienen número, inaccesibles para los hombres pero conocidas sólo por el Señor del universo. La obra trata acerca de distintas creencias y conocimientos, [de declaraciones] de fe en Dios y de incredulidad, de sectas y de falsas opiniones humanas que han sido esparcidas por el mundo por hombres extraviados, desde que el hombre fue moldeado sobre la tierra hasta nuestro tiempo, esto es, el undécimo año del reinado de Valentiniano y Valente, y el séptimo de Graciano. Las próximas cosas que vamos a poner en conocimiento de los lectores acerca de las sectas y de los cismas, algunas las sabemos por nuestro afán de instrucción, otras las hemos escuchado, y algunas las presenciamos con nuestros propios oídos y ojos; confiamos poder entregar, a partir de [fuentes] seguras, una relación de los orígenes y las enseñanzas [de las sectas] y una parte de lo sucedido entre ellas.

Esto lo conocimos, por una parte, a través de las obras de escritores antiguos, y por otra parte, por escuchar atentamente a hombres [sabios] que confirmaron nuestra idea. Compilamos todo este objeto de estudio no impulsados por nosotros mismos ni para ejercitarnos en relatos que exceden nuestra concisión. También [escribí] este tratado, el cual por voluntad de Dios accedimos a componer, por pedido de hombres virtuosos que varias veces y de varias maneras aguijonearon nuestra debilidad y, para decirlo así, nos obligaron a llegar a esto, como pidieron vuestras Reverencias por medio de las cartas que me escribieron, oh reverendísimos y virtuosísimos hermanos míos Acacio y Pablo, copresbíteros. En efecto, puesto que atendimos por completo – no sin la asistencia divina – al número de pedidos y por el inmenso amor a los siervos de Dios hemos sido dignos de llegar a esto, comenzaré a hablar, no con palabras elegantes ni con algunas expresiones elocuentes sino con un lenguaje simple y un discurso sencillo, pero con precisión respecto de las cosas relatadas en el tratado.

También el escritor Nicandro hizo un tratado científico de las naturalezas de las bestias y de los reptiles, mientras que otros autores – como Dioscórides el cortador de plantas, Pánfilo, el rey Mitrídates, Calístenes, Filón, Yolao de Bitinia, Heraclidas de Tarento, Crateo el cortador de raíces, Andrés, Bassos el Tuliano, Nicerato, Petronio, Níger, Diódoto y algunos otros – [se dedicaron] a las cuestiones de las raíces y las plantas. De la misma manera también nosotros, al intentar revelar las raíces y las opiniones de las sectas, no quisimos hacerlo para causar un perjuicio a los que han de leer sino que, así como los antedichos escritores lo hicieron con diligencia no para señalar el mal sino para causar miedo y así lograr la seguridad del ser humano – para darle a conocer las bestias malas y dañinas, ponerle a salvo con la ayuda de Dios, evitar que se aproximen y los ataquen si por casualidad se encuentran con estas alimañas ponzoñosas, y sean acosados por su aliento, sus mordeduras o su contemplación; a la vez los mismos [escritores], preocupados por estas mismas cosas, también hicieron un bosquejo de las raíces y plantas medicinales para contrarrestar la ponzoña de los reptiles antes mencionados –, así también, queridísimos, nuestra obra [está escrita] para vuestra prevención de las [bestias] antedichas, para revelar las figuras de las bestias y de los reptiles y sus mordeduras venenosas y dañinas. En contraste con estos, expondremos a la manera de antídotos las [razones] que podamos – tal vez una o dos palabras – para refrenar su veneno por una parte, y por otra salvar con el Señor al que quiere [ser salvado] y que ha caído por una decisión voluntaria o involuntaria en las mismas enseñanzas serpentina de las sectas.

I Sobre la Barbarie pagana

En el principio Adán fue moldeado de la tierra en el sexto día y fue vivificado al recibir el aliento [de Dios] (no fue, como algunos piensan, comenzado en el quinto y terminado en el sexto [día]; la inteligencia de los que dicen esto ha sido inducida a error). Era puro y libre de maldad, no tenía un nombre distinto ni una denominación en función de una opinión, una idea o un modo de vida distintivo <sino> que era llamado únicamente “Adán”, que quiere significar “hombre”. Una mujer para él y semejante a él fue formada de él mismo, del mismo cuerpo, <por> el mismo aliento. Este tuvo hijos varones y mujeres. Y después de vivir novecientos treinta años se produjo su muerte. El hijo de Adán fue Set, el hijo de Set fue Enós y sus sucesores fueron Cainán, Mahalaleel y Jared. Como dice la tradición que llegó hasta nosotros, las acciones malvadas en el mundo comenzaron desde aquí; al principio por la desobediencia de Adán, luego por el fratricidio de Caín, pero ahora, desde los tiempos de Jared en adelante, [aparecieron] la hechicería y la magia, el libertinaje, el adulterio y la injusticia. Pero no había alguna idea distinta, ni opinión cambiada, sino una lengua y una raza esparcida sobre la tierra en aquel tiempo. A este [Jared] le nació un hijo cuyo nombre fue Enoc, el cual “agradó a Dios y no fue hallado, pues se lo llevó Dios”^{xix} y “no vio muerte”^{xx}. Enoc engendró a Matusalén, Matusalén a Lamec, y Lamec a Noé. Y el justo juicio de Dios trajo las aguas del diluvio e hizo morir a toda carne en el mundo, hombres y bestias, pero guardó a Noé en el arca que le había mandado [construir] porque le había complacido y había hallado gracia ante Él - a Noé mismo, a sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, a su propia esposa y a las mujeres de sus tres hijos -, de suerte que en aquel tiempo ocho almas humanas fueron salvadas de las aguas del diluvio en el arca, y toda clase de bestias y animales, ganado y de los otros – de algunos una pareja, de otros siete – para garantizar la subsistencia de todas las criaturas sobre la tierra. Así pasó la décima generación, de dos mil doscientos sesenta y dos años. Y el diluvio cesó y Noé y su casa fueron los [únicos] que quedaron en el mundo. Todavía no había una opinión diferente, ni un pueblo que se diferenciara en algo, ni nombre de una secta ni tampoco idolatría. Pero, puesto que cada hombre seguía su propio parecer (pues no había una ley; cada uno era ley para sí mismo y seguía su propia opinión, según el uso dado por el apóstol – no sólo de “Barbarie” sino también de otras [palabras] – cuando dice: “En Cristo Jesús no hay Bárbaro, ni Escita, ni Griego ni Judío”^{xxi}), entonces la época de las diez generaciones fue llamada con la denominación de “Barbarie”.

II Sobre el Escitiano

Después del diluvio, cuando el arca de Noé se detuvo sobre las cimas del Ararat, entre Armenia y Carducia^{xxii}, en el monte llamado Lubar, fue allí la primera morada de los hombres después del diluvio y aquí plantó Noé el profeta una viña, y fue un habitante del lugar. Sus hijos (pues no se dice que él hubiera engendrado otros más) tuvieron hijos, y los hijos de sus hijos hasta la quinta generación, seiscientos cincuenta y nueve años, sin contar a Sem. Expongo con detalle la genealogía de la sucesión de un hijo: Sem engendró a Arfaxad, Arfaxad a Cainán^{xxiii}, Cainán a Sala, Sala a Eber, piadoso y religioso, y Eber a Peleg. Y no había sobre la tierra ninguna secta, ni una y otra opinión, sino que eran llamados solamente hombres, “de una palabra y una lengua”^{xxiv}. Había sólo impiedad y piedad, la ley natural y el error natural de cada voluntad, no surgidos de la enseñanza ni de las obras [de los escritores]; no había Judaísmo ni Helenismo ni ninguna otra secta sino – por decirlo así – la fe actual, que al presente es vivida en la santa Iglesia universal de Dios, que existía desde el principio y que fue revelada nuevamente después. Para el que sinceramente quiere - desde su objeto mismo – comprender, la santa y universal Iglesia es el principio de todo. Pues Adán, <el> primero en ser moldeado, fue moldeado no circuncidado sino con la carne incircuncisa, no era idólatra y conocía a Dios Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, pues era un profeta. En efecto, al no estar circuncidado no era Judío, pero al no adorar imágenes talladas o alguna otra cosa, no era idólatra; pues Adán era profeta y sabía que el Padre le dijo al Hijo: “Hagamos al hombre”^{xxv}. Ciertamente, ¿qué era – puesto que ni estaba circuncidado ni adoraba ídolos – sino el que indicaba, el que deja entrever la marca distintiva del Cristianismo? De esta manera hay que considerar también a Abel, a Set, a Enós, a Enoc, a Matusalén, a Noé, a Eber, hasta a Abraham. En ese entonces la piedad y la impiedad, la fe y la incredulidad ya actuaban: una fe que tenía en ella la imagen del Cristianismo, y una incredulidad que sobrellevaba la marca distintiva de la impiedad y de la transgresión, contraria a la ley natural, hasta el tiempo previamente mencionado. En la quinta generación después del diluvio, habiéndose extendido enseguida los hombres a partir de los tres hijos de Noé a través de la sucesión de los hijos de los hijos y los hijos de estos, surgieron en el mundo un total de setenta y dos jefes y principales. Pero extendiéndose más allá, salieron del monte Lubar y de las cimas de Armenia, esto es, de la región de Ararat y llegando a la llanura de Sinar, eligieron [quedarse] por allí; esta Sinar está situada actualmente en la región de Persia, pero en la antigüedad era de los Asirios. Cuando se juntaron en aquel lugar celebraron entre ellos una asamblea para construir una torre y una ciudad; por haber descendido desde la región de Europa a Asia todos fueron llamados Escitas, de acuerdo al sobrenombre [dado] en aquella época. Llevaron a cabo la construcción de la torre y edificaron Babilonia.

Y Dios no se complació con el producto de la insensatez de ellos, pues dispersó sus lenguas y las dividió de una en setenta y dos, según el número de hombres que se encontraban entonces, por causa de lo cual estos fueron llamados Méropes debido a que su lenguaje había sido dividido^{xxvi}, y la torre fue derribada por el golpe de los vientos. En efecto, habiendo sido dispersados a diestra y siniestra por toda la tierra, algunos volvieron al lugar del que habían salido, otros se fueron hacia las [tierras] que están hacia el este, y otros llegaron a Libia; de manera que si alguno quisiera tener la certeza acerca de estos [pueblos], averiguaría cómo a cada uno de los que emigraron le tocó en parte un país en particular: Mizraim recibió por herencia la parte de Egipto, Cus la de Etiopía, Put la parte de Aksum, Raama, Sabteka, Tovan y Lud las tierras alrededor de la región de Gamara. Y a fin de no hacer aquí demasiado extensa la composición del proemio, más tarde volveré de nuevo sobre el tema y lo retomaré según el orden de la sucesión.

III **Sobre el Helenismo**

En el intervalo entre Eber y Peleg, la construcción de la torre y la primera ciudad que fue fundada después del diluvio, durante la construcción misma ocurrió por lo demás el comienzo de la consolidación de la asamblea deliberante y de la realeza. Nimrod, el hijo de Cus el etíope, del cual fue engendrado Asur, gobernó como rey. El reino de este comenzó en Erech, Arrafa y Calne; también fundó Tiras, Tubal y Labán, en la región de los Asirios. Los Griegos incultos dicen que este era Zoroastro el cual, al marchar más allá, hacia las partes orientales, se convirtió en el fundador de Bactria. De aquí se han dispersado sobre la tierra las transgresiones, pues este ha sido el inventor de la enseñanza pernicioso, de la astrología y la magia, como algunos dicen acerca del tal Zoroastro. Pero – para ser precisos – este era el tiempo de Nimrod el gigante; estos dos, Nimrod y Zoroastro, están muy separados el uno del otro en el tiempo. Peleg engendró a Reu, Reu a Serug – que significa “rebelión” – a partir del cual la idolatría y el Helenismo comenzaron entre los hombres, como sostiene el conocimiento que llegó a nosotros. La inteligencia del hombre inventó la maldad para sí misma y por medio de su libre albedrío, su razonamiento y su intelecto, inventó la transgresión en lugar de la bondad, pero no con estatuas cinceladas o tallas hechas de madera, piedra, o fabricadas en plata, oro, o algún otro material, sino solamente por medio de pinturas e imágenes. Serug tuvo un hijo, Nacor, y Nacor engendró a Taré. En ese momento comenzó el modelado de estatuas de arcilla y el arte de la cerámica, a partir de la técnica de este Taré. El mundo llegó con este a la vigésima generación, [abarcando] alrededor de tres mil trescientos treinta y dos años.

Y de los primeros hombres, jamás ningún hijo murió antes que el padre, sino que los padres, al morir antes que los hijos, dejaban a los hijos como sucesores (y que nadie mencione el caso de Abel, pues no murió de muerte natural); pero desde el momento en que Taré había erigido ante Dios un adversario hecho de la propia arcilla, recibió de la justicia [divina] lo mismo que había hecho y él mismo fue movido a celos por medio de su propio hijo. Por lo cual la divina Escritura manifiesta asombro al decir: “Y murió Harán antes que Taré, su padre, en la tierra de su nacimiento”^{xxvii}. Hasta este [tiempo] permaneció algún tipo de sucesión y la denominación de Escita, pero no existía ninguna secta ni ningún otro artificio más que “la <primera> fornicación, la invención de los ídolos”^{xxviii}. A partir de aquí deificaron a tiranos desgraciados o a charlatanes que embaucaron al mundo, honraron sus tumbas, y mucho tiempo después deificaron a Cronos y a Zeus, a Rea y a Hera y a los [descendientes] de ambos; luego honraron a Acinaces, al que los Escitas Saurómatas llaman Odrisos, el antepasado de los Tracios, del cual desciende la estirpe de los Frigios. También por esto son llamados Tracios, por el nombre de Thera, que fue engendrado durante la construcción de la torre. Pero toda esta época cambió cuando el error tuvo su principio hacia el momento antes mencionado, trastornando las maneras; después, los escritores y los historiadores lo recogieron del engaño de la mitología de los Egipcios, y a partir de allí fueron descubiertas la hechicería y la magia. Estas cosas fueron llevadas a los Griegos en la época de Cécrope. Por este tiempo Nino y Semíramis, que son contemporáneos de Abraham, estaban en Asiria, y en Egipto la decimosexta dinastía; pero los únicos reyes que había en ese entonces estaban en Sición^{xxix}, de cuyo reino Europs fue el primer [rey].

IV **Sobre el Judaísmo**

Dios escogió a Abraham, quien tuvo un género de vida con el mismo carácter que la santa Iglesia universal: fiel en la incircuncisión, perfecto en la piedad, profeta en el conocimiento, conforme al Evangelio en su vida. Vivió en su casa honrando a su padre, pero al ser llamado por la Palabra [de Dios] se separó de sus parientes, obedeciendo al que lo llamaba, como Pedro, Andrés, Jacobo y Juan. Y para no extender el discurso nuevamente, continuaré haciendo un resumen. Cuando este patriarca llegó a la edad de noventa y nueve años le fue ordenado por Dios el circuncidarse, y a partir de allí comienza la característica que da origen al Judaísmo, después del Helenismo; y esta fue la vigésima primera generación, tres mil cuatrocientos treinta y un años después de la fundación del mundo. El Escitianismo estuvo desde el diluvio hasta la torre [de Babel] y Serug, el Helenismo dese Serug hasta Abraham e incluso hasta hoy,

pero no hubo nombre de ninguna secta derivado de Abraham sino que tomaron el nombre únicamente por razón de su piedad; en efecto, los que derivan de Abraham fueron llamados Abrahamianos. Abraham tuvo ocho hijos, pero el único heredero fue Isaac, no sólo porque de acuerdo al parecer del padre vivió aplicándose a la piedad sino también porque fue dado a su padre conforme a la promesa de Dios. Antes de este tuvo a Ismael de Agar, la esclava, y Cetura dio a luz seis hijos. Estos fueron esparcidos por la llamada "Arabia feliz": Zimram, Jocsán, Isbac, Súa, Medán y Madián. Y "el hijo de la esclava" (como dije, su nombre fue Ismael) ocupó y construyó en el desierto [la ciudad] llamada Parán. A él le nacieron doce hijos, de los cuales [proceden] las tribus de los Agarenos, también conocidos como Ismaelitas, que al presente son llamados Sarracenos. Isaac engendró dos hijos, Esaú y Jacob, y entonces el pueblo de los que adoran a Dios fue llamado "Abrahamianos" e "Isaaquitas". Cuando Esaú se trasladó a Idumea, a la región situada al sureste de Canaán, se convirtió en el colonizador de los montes de Seir y fundó una ciudad en Edom, llamada Requem y también Petra. Esaú tuvo hijos que gobernaron, cada uno a su turno, en Idumea, los cuales fueron llamados "soberanos de Edom". El quinto en número a partir de ellos, exceptuando a Abraham de esta cuenta pero contando desde Isaac, fue Job; pues Isaac engendró a Esaú, Esaú a Reuel, Reuel a Zera y Zera a Job, que antes era llamado Jobab pero después fue llamado Job, poco antes de la prueba que le sucedió. La circuncisión era una práctica acostumbrada. Por consejo de su padre y de su madre Jacob huyó de su hermano Esaú - a causa del enojo de este -, a Padan en Mesopotamia, más allá de Suba de Mesopotamia; Jacob tomó allí cuatro esposas de su propia parentela y concibieron con él doce hijos, que fueron llamados "patriarcas". Al regresar a la tierra de los Cananeos con su propio padre Isaac y su madre Rebeca, tuvo una visión de parte de Dios más allá de los desfiladeros del Jordán (en el torrente que llaman Jaboc), quizá allí donde había visto huestes de ángeles. "Y he aquí", dice, "un hombre luchó con él desde la tarde hasta el amanecer"^{xxx}, dando a entender la Escritura que era un ángel el cual, a modo de bendición, le dio a Jacob un nombre de dignidad: Israel. Al irse de allí, Jacob llamó el nombre de aquel lugar "visión de Dios". Puesto que Aquel que por medio de la bendición le dijo "Tu nombre ya no será Jacob, sino que serás llamado Israel"^{xxxi} también lo distinguió diciendo "Porque peleaste con Dios y con los hombres, serás poderoso"^{xxxii}, desde ese tiempo son llamados Israelitas.

E Israel, después del descenso de José, también bajó a Egipto y con él toda su casa, sus hijos y nietos, las mujeres antedichas y otros, en número de setenta almas. Y residió el pueblo de Israel en el país de los Egipcios cinco generaciones.

Jacob engendró a Leví, a Judá y a los otros diez patriarcas. Leví engendró a Coat, y Judá engendró a Fares. Coat engendró a Amram, y Amram engendró a Moisés; Fares engendró a Esrom, Esrom engendró a Aram, Aram engendró a Aminadab y Aminadab a Naasón. En tiempos de Moisés y Naasón - en la quinta generación a partir de Leví - Israel salió de Egipto atravesando el Mar Rojo milagrosamente y acampó en el desierto del Sinaí. Cuando Dios le dio a su siervo Moisés órdenes de contar los hombres de entre veinte y cincuenta años capaces de empuñar la espada y tomar las armas de guerra, halló [que eran] seiscientos veintiocho mil quinientos:

Por aquella época Ínaco era conocido por los Griegos, de quien fue hija Ío, también llamada Atis, por la cual es nombrada al presente el Ática. De ella nació Bósforo, del que toma nombre la ciudad de Bósforo en el Mar Negro. Los Egipcios la llaman Isis y la adoran como una diosa. También con el mismo nombre que este hay un río llamado Ínaco. De allí tuvieron su origen en los Griegos los misterios y las iniciaciones, que con maldad han sido inventados en primer lugar por los Egipcios, los Frigios, los Fenicios y los Babilonios, y fueron trasladadas a Grecia desde el país de los Egipcios por Cadmo y por el mismo Ínaco – antes llamado Apis, el que construyó Menfis –, pero también encuentran su inicio en Orfeo y en algunos otros y luego fueron organizadas en sectas, en tiempo de Epicuro, Zenón el Estoico, Pitágoras y Platón; comenzaron a partir de esta época consolidándose hasta tiempos de los Macedonios y de Jerjes rey de los Persas, después de la primera toma de Jerusalén y la cautividad de Nabucodonosor y Darío, y el tiempo de los [sucesores] de Alejandro de Macedonia.

Por aquella época se dio a conocer Platón y los que estuvieron antes que él, Pitágoras y Epicuro posteriormente. Por lo cual, como dije antes, los escritos de los Griegos han tomado un concepto falso y lo han instituido como verdadero y, después de este tiempo, las ensalzadas sectas de los filósofos – que concuerdan de manera recíproca en el error y han tramado un conocimiento concordante de idolatría, impiedad y ateísmo – disputan una contra otra, chocando entre ellas por el mismo error.

V

Sobre los Estoicos, secta del Helenismo

Esto es lo que piensan los Estoicos acerca de la Divinidad: dicen que Dios es intelecto o bien [el intelecto] de toda la bóveda visible – quiero decir del cielo, de la tierra y de las demás cosas – como un alma en un cuerpo. Pero dividen la Divinidad singular en muchas esencias parciales: el sol, la luna y las estrellas,

el alma, el aire y otras; [enseñan] la transmigración de las almas y el paso de un cuerpo a otro, que al ser expulsadas las almas de los cuerpos después entran nuevamente para nacer otra vez, tramando esta impiedad por medio de su gran error. Consideran que el alma es una parte de Dios y es inmortal. Zenón fue el fundador de la Stoá, acerca de quien hay mucho relato basado en rumores. Algunos han dicho que [era hijo] de un tal Cleanto que procedía de Tiro, pero otros dicen que era oriundo de Citión, en la isla de Chipre, que vivió un tiempo en Roma y que luego expuso esta doctrina en Atenas, en el lugar llamado el Pórtico^{xxxiv}, mas hay otros que dicen que hay dos Zenones, el Eleata y el antes mencionado; de todas maneras, si hubieran existido dos, ambos enseñaron lo mismo. Este también sostiene que la materia es coeterna con Dios – igual que las otras sectas – y que hay un destino y una fortuna, por la cual todas las cosas son gobernadas e influidas. Pues bien, en cuanto el orden de nuestro resumen lo permita, voy a exponer un remedio protector contra la perversidad de Zenón, y sin abundar demasiado, sacaré a la luz la verdad del asunto, pero superficialmente, para que no se extienda demasiado. Le diré a este:

¿De dónde has recibido, oh tú, la revelación de tu enseñanza? ¿O cuál Espíritu Santo te ha hablado desde el cielo acerca de tu error? Dices que dos cosas, la materia y Dios, son necesariamente coeternas, pues si no se derrumbará tu argumento y será inconsistente. Reconoces que existe un Creador el cual, dices, también es omnipotente, pero lo divides en muchos dioses. ¿De qué sería el creador, si la materia fuera coeterna? Pues al no tener principio ni estar sometida a ninguna causa sería su propia dueña. Si el Creador toma de ella, reconociéndole precedencia, sería como el que no puede procurarse de lo propio sino que pide prestado de lo que tienen otros, de manera de construir su propia creación. Y hay una gran ignorancia en tu falso concepto acerca de la transmigración de las almas, oh aspirante a sabio, que prometes conocimiento a los hombres. Pues si [el alma] es inmortal y parte de Dios pero el cuerpo es deplorable – hablo no sólo [del cuerpo] de las bestias, sino también de los reptiles y de los repugnantes animales salvajes – tú asocias a la esencia que te ha sido dada por Dios con la formación de este, ¿y hay acaso algo más perverso?

Presentas al Destino como si por su causa sucedieran las cosas que les ocurren al hombre y a los otros seres. Pero tu narración fabulosa quedará destruida con un breve argumento. Si la sabiduría, la instrucción, la racionalidad, la irracionalidad y todas las otras cosas proceden del Destino, ¡pongamos fin a las leyes!, pues el Destino domina a los adúlteros y a los demás; sería justo castigar más bien a las estrellas que imponen el hado que al que lleva a cabo el hecho empujado por la fatalidad. Diré aún más acerca de estas cosas:

¡Que se terminen las discusiones, que cesen los sabios, los oradores y los maestros, los médicos y las otras profesiones, los artesanos y la inefable cantidad de trabajos manuales, y que nadie vuelva a estudiar, si es que para la naturaleza humana la adquisición de los conocimientos depende del Destino y no de la enseñanza de los maestros! Si el Destino preparó al educado y erudito, entonces que ninguno reciba lecciones del que enseña sino que emplee el conocimiento que por naturaleza le dieron las Moiras al tejer los hilos, según dice tu jactancioso error por medio de tus palabras.

VI

Sobre los Platónicos, secta del Helenismo

Ya me he referido a Zenón y a los Estoicos. Pero aunque Platón se dejó llevar por las mismas cosas – el paso de un cuerpo a otro, la transmigración de las almas, la multiplicidad de dioses y las demás idolatrías y supersticiones – no pensó completamente lo mismo acerca de la materia que Zenón y los Estoicos. Él mismo conocía a Dios, y que todo lo que existe ha sido creado por el Dios que es. Pero hay una causa primera, una segunda y una tercera; la Causa primera es Dios, la causa segunda son unas potencias que han sido creadas por Dios, y por medio de Él y de las potencias ha sido creada la materia. Así, pues, afirma: “El cielo se ha creado juntamente con el tiempo, y será destruido juntamente con el tiempo”^{xxxv}, refutando sus propios [conceptos] anteriores acerca de la materia, pues en cierto momento dijo que la materia era coeterna con Dios.

VII

Sobre los Pitagóricos, secta del Helenismo

Antes de este, Pitágoras y los proclamados Peripatéticos distinguen un Dios, pero se aferran a otras ideas filosóficas y a los que las enseñan. Al igual que estos [Pitágoras], y a su vez los que están con él, proclaman las [ideas] de la más impía y subversiva opinión: la inmortalidad de las almas y su paso de un cuerpo a otro luego de la disolución de este. Finalmente, Pitágoras murió en Media. Decía que el cielo es el cuerpo de Dios, y el sol, la luna, los otros astros y los demás cuerpos celestes sus ojos, como en el hombre.

VIII

Sobre los Epicúreos, secta del Helenismo

A continuación, después de estos, Epicuro introdujo al mundo [la doctrina de] la inexistencia de la Providencia.

Todas las cosas están constituidas por átomos y luego, a su vez, vuelven a [descomponerse en] átomos. Todas las cosas que existen, incluso el mundo, se han formado por accidente, y la naturaleza constantemente se recrea, luego se consume y nuevamente vuelve a nacer de sí misma, pero nunca termina, ya que surge de sí misma y se destruye a sí misma. En el principio todo el universo era como un huevo y el espíritu rodeaba serpentinamente su naturaleza por todos lados, como una corona o un cinturón. Pero en cierto momento, al querer apretar toda la materia – o naturaleza – con una fuerza excesiva, dividió de este modo todas las cosas en los dos hemisferios y a partir de esto, como consecuencia, fueron separados los átomos. Las partes más livianas y sutiles de toda la naturaleza – esto es, la luz, el éter y la parte más ligera del aire – se ubicaron en la región superior, mientras que las partes más pesadas y groseras – es decir, la tierra (que es lo seco) y la esencia húmeda del agua – se han inclinado a la región inferior. Con la rotación del polo y de los astros el universo se mueve a partir de sí mismo y por sí mismo, puesto que todavía todas las cosas son impulsadas por ese espíritu serpentino.

Hemos hablado de estas cosas de manera parcial, y del mismo modo estas cuatro sectas han de ser refutadas [pero en otro lugar], en favor de la brevedad de la lectura.

Luego, como dije más arriba, los poetas, escritores, historiadores, astrónomos y los que introdujeron las demás variedades del error, corrompiendo la mente con una infinidad de razones y conclusiones perversas, oscurecieron y enturbiaron el pensamiento de la humanidad, y surgió este “primer error”, enseñanza [generadora] de desgracia, “la invención de los ídolos”. Todo se dividió entre Helenismo y Judaísmo. Pero el Judaísmo no fue llamado así al principio sino hasta que nacieron las siguientes [generaciones], cuando adquirió el nombre de la piadosa religión a través de Israel. Naasón – el que fue engendrado en el desierto – jefe de la tribu de Judá, engendró a Salmón; Salmón engendró a Booz; Booz engendró a Obed; Obed engendró a Isaí – cuando los piadosos todavía eran llamados Israelitas; Isaí engendró al rey David, quien fue el primero de la tribu de Judá en reinar. De él surgieron los sucesivos reyes de su linaje que han gobernado a su turno, el hijo sucediendo al padre. Pero el primer rey de Israel antes del mismo David fue Saúl, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, y no fue sucedido por ningún hijo, sino que su corona pasó a David y a través de David, el primero, a la tribu de Judá. Pues el primero que le nació al mismo Jacob fue Rubén, el segundo Simeón, el tercero Leví, el cuarto Judá, por lo cual son llamados Judíos a causa de la tribu de Judá, cambiando a este nombre el pueblo de los piadosos. Así pues, fueron llamados Israelitas y Judíos.

Hasta este tiempo los cuatro pueblos de la tierra fueron sucediéndose, distinguiéndose estas cuatro partes desde los tiempos antiguos hasta este momento, que he expuesto aquí, y más allá; esto es, desde Adán hasta Noé el Barbarismo, desde Noé hasta la torre [de Babel] y Serug, dos generaciones después de la torre la superstición Escita, y luego desde la torre, Serug y Aram hasta Abraham, el Helenismo; y desde este en adelante, la piedad que se asocia con el mismo Abraham – el Judaísmo – a partir de su sucesiva descendencia, es decir, de Judá. Así Pablo, el santo e inspirado apóstol de Dios, me lo confirma al hablar de este modo: “En Cristo Jesús no hay Bárbaro, ni Escita, ni Griego, ni Judío, sino una nueva creación”^{xxxvii}, puesto que al principio, cuando la creación fue hecha, era nueva y no tenía un nombre diferente. De acuerdo con estas palabras, en otro lugar dice nuevamente así: “Soy deudor a Griegos y a Bárbaros, a sabios y a incultos”^{xxxviii}, representando a los Judíos como sabios y a los Escitas como incultos. Y dice “Soy deudor”. De allí en adelante, desde el tiempo de David, todo el pueblo de Israel fueron llamados Judíos y continuaron siendo llamados con el nombre de Israelitas y de Judíos, teniendo todo el pueblo de Israel este sobrenombre desde los tiempos de David, de su hijo Salomón y del hijo de Salomón, hablo de Roboam, el que reinó en Jerusalén después de Salomón. Pero para que no nos salgamos del tema, pasando de largo las cuestiones relativas a la religión de los Judíos sin hacer alusión al fundamento de sus creencias, expondré unas pocas cosas de entre todas. Pues, por decirlo así, las cuestiones relativas a los Judíos son clarísimas para todos, por lo cual no me tomaré el trabajo de describir hasta el más mínimo detalle acerca de este fundamento pero era necesario, sin embargo, exponer aquí unos pocos ejemplos.

En efecto, los Judíos – quienes descienden de Abraham y recibieron de él la piedad – tienen la circuncisión de Abraham, la cual recibió como mandato de Dios cuando tenía noventa y nueve años por la razón que mencioné más arriba: para que su descendencia, al convertirse en extranjeros en una tierra extraña no renegaran del nombre de Dios, sino que llevaran en el cuerpo una marca como recordatorio y motivo de convicción, a fin de permanecer en la piedad de su padre. Isaac, el hijo de Abraham, fue circuncidado a los ocho días, como indicaba la orden de Dios. Se reconoce que entonces la circuncisión existió a partir de un mandato de Dios, pero en aquel momento la misma fue ordenada como una figura, como demostraremos más tarde, conforme avancemos en orden. Los sucesivos hijos del mismo Abraham – hablo de Isaac, de Jacob y de los que a continuación surgieron de él – continuaron circuncidándose y adhiriéndose a la piedad en la tierra de Canaán (que entonces era llamada Judea y Filistea, pero al presente es llamada Palestina) y también en Egipto, pues Jacob bajó junto con sus once hijos a Egipto

cuando tenía ciento treinta años de vida. Mas José, su otro hijo, ya estaba de antes gobernando en Egipto, vendido por sus hermanos por envidia. Pero la dispensación de Dios, obrando el bien al justo, cambió la maquinación en su contra en un prodigio. Bajó pues Jacob a Egipto, como dije, y sus hijos, mujeres y nietos en número de setenta y cinco almas, como contiene el primer libro del Pentateuco según Moisés, explicando claramente todo acerca de esto. Permanecieron en aquel lugar por cinco generaciones, como dije varias veces, pero ahora me es necesario repetirlo. Permanecieron pues las generaciones que surgieron de Jacob, contadas a través de Leví – a partir del cual se constituyeron los sacerdotes – y a través de Judá de donde, pasado el tiempo, vino el rey David. Y Leví engendró a Coat y a otros, Coat engendró a Amram, y Amram engendró a Moisés y a Aarón el sumo sacerdote. Este Moisés sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto con el poder de Dios, como dice el segundo libro de la Ley.

Sin embargo, no se puede seguramente decir con total claridad cuál era el modo de vida de los hijos de Israel hasta este tiempo, sino solamente que practicaban la piedad y la circuncisión (aunque está escrito: “Fueron multiplicados los hijos de Israel en la tierra de Egipto, y se volvieron numerosos”^{xxxix}. De todas formas, por causa de su ligereza durante el tiempo de su residencia y su unión mixta^{xl} se produjo la abundancia). No obstante, todavía no se había indicado cuáles [alimentos] comer, cuáles rehusar, o cuantas otras cosas fueron mandadas observar detalladamente en la Ley. Habiendo salido de la tierra de Egipto, en el segundo año de su salida fueron honrados con la Ley de Dios por medio de la mano del mismo Moisés. A la manera de un pedagogo^{xli} (porque la Ley era como un pedagogo que ordena corporalmente, pero contiene la esperanza espiritual) la Ley que les fue dada por Dios les enseñó a practicar la circuncisión, a guardar el sábado, a dar el diezmo de todos sus productos y de cuantos nacieran entre ellos, desde un hombre hasta los ganados, a presentar las primicias no sólo al quincuagésimo día sino también al trigésimo, a conocer a Dios solamente y a rendirle culto. Ciertamente el Nombre^{xlii} era proclamado en una Monarquía^{xliii}, pero la Trinidad en la Monarquía siempre fue anunciada y creída por los más eminentes entre ellos, esto es, por los profetas y los santificados. En el desierto ofrecieron al soberano Dios diferentes sacrificios y actos de culto en el santo tabernáculo, construido por Moisés de acuerdo a las imágenes que le fueron mostradas por Dios. Ciertamente, estos mismos Judíos también recibieron palabras proféticas acerca de la venida de Cristo, mencionado como “un profeta” aunque es Dios, siendo llamado “un ángel” pero que es hijo de Dios, que al venir habría de encarnarse y ser inscripto entre sus hermanos, como dicen todas las Sagradas Escrituras, principalmente el Deuteronomio, el quinto libro en la Ley, y los que siguen.

Hasta el regreso de la cautividad de Babilonia, estos Judíos tenían estos libros y profetas, y estos libros de los profetas: primero Génesis, segundo Éxodo, tercero Levítico, cuarto Números, quinto Deuteronomio, el sexto libro Josué [hijo] de Nun, séptimo el de los Jueces, octavo Rut, noveno Job, décimo los Salmos, undécimo los Proverbios de Salomón, duodécimo Eclesiastés, décimo tercero el Cantar de los Cantares, décimo cuarto el Primer libro de los Reyes, décimo quinto el Segundo libro de los Reyes, décimo sexto el Tercer libro de los Reyes, décimo séptimo el Cuarto libro de los Reyes, décimo octavo el Primer libro de las Crónicas, décimo noveno el Segundo libro de las Crónicas, vigésimo los Doce profetas^{xliv}, vigésimo primero el profeta Isaías, vigésimo segundo el profeta Jeremías con las Lamentaciones y sus epístolas y la de Baruc, vigésimo tercero el profeta Ezequiel, vigésimo cuarto el profeta Daniel, vigésimo quinto Esdras 1, vigésimo sexto Esdras 2, vigésimo séptimo Ester. Estos son los veintisiete libros dados por Dios a los Judíos; pero son contados como veintidós, como las letras del alfabeto hebreo, debido a que diez libros son dobles y se cuentan como cinco. Pero acerca de esto hemos hablado claramente en otra parte. Hay entre ellos otros dos libros en discusión^{xlv}, la Sabiduría de Sirac y la de Salomón, además de algunos otros libros apócrifos. El Judaísmo enseñaba todos estos libros sagrados y las observancias de la Ley hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Y se habrían conducido bienamente, instruidos en la Ley, si hubieran aceptado al Cristo que había sido predicho y profetizado por el instructor - quiero decir la Ley - para que, al aceptar su divinidad y su presencia encarnada, comprendiesen que no es la disolución de la Ley sino su pleno cumplimiento, puesto que las figuras estaban en la Ley, pero la verdad en el Evangelio. En la Ley [se ordenaba] la circuncisión carnal, la que sirvió por un tiempo hasta el de la gran circuncisión, esto es, del bautismo que nos circuncida de los pecados y nos sella en el nombre de Dios. En la Ley estaba el sábado, reservándonos para el gran Sábado, esto es, para el reposo de Cristo, a fin de que en Cristo descansemos de los pecados. También allí estaba el cordero, un animal sacrificado, guiándonos al gran Cordero celestial que fue sacrificado por nosotros y “por todo el mundo”^{xlvi}. En ella está establecido el pago del diezmo, para que no omitamos la jota, la décima^{xlvii}, la primera letra del nombre de Jesús.

Pero puesto que [los Judíos] se dejaron conducir por la figura y no progresaron hacia la perfección que había sido proclamada por la Ley, los profetas y otros, y por cada libro [de la Escritura], fueron expulsados del territorio y penetraron los gentiles, no pudiendo salvarse de aquellos a no ser que regresasen a la gracia del Evangelio. Pues todas las justas exigencias han sido anuladas por ellos, haciendo referencia a esto cada testimonio, como está contenido en cada Escritura. Concisamente, partiendo de un testimonio, mencionaremos la inmediatez y la inmutabilidad de la sentencia contra ellos

a fin de ver perfectamente el juicio contra ellos, según dice: “El alma que no escuche a aquel profeta será exterminada de su tribu, de Israel y de debajo del cielo”^{xlviii}. De este modo, la venida del Señor consolidó perfecta y salvíficamente las verdades que fueron dadas místicamente por medio de la Ley, y el que no lo escucha ni lo soporta no tendrá salvación, aunque cumpliera la Ley, ya que el hombre no puede ser perfeccionado por medio de las exigencias escritas materialmente en la Ley y consumadas verdaderamente en Cristo. Hasta aquí he de hablar acerca del Judaísmo; he hecho memoria de algunos pocos [ejemplos] a fin de no pasar por alto la totalidad de ellos sino mostrarlos en parte pues, para decirlo así, el tema acerca de ellos y su refutación son evidentes para todos. Revelamos también su origen, cuándo tuvieron inicio, que al principio, por la piedad del patriarca Abraham, <los> piadosos fueron llamados <Abrahamianos> por ser descendientes de él, pero Israelitas a partir de su nieto – hablo de Jacob, también llamado Israel. Desde los días de David, el rey de la tribu de Judá, la totalidad de las doce tribus eran llamadas Judíos e Israelitas hasta Salomón, hijo de David, y Roboam, hijo de Salomón y nieto de David. Y por el castigo de Dios y la indignidad de Roboam las doce tribus fueron divididas y quedaron dos y media con Judá – es decir, con Roboam – y nueve y media con Jeroboam. Las nueve [tribus] y media se llamaron Israelitas e Israel, siendo gobernadas por Jeroboam hijo de Nabat en Samaria; las dos [tribus] y media en Jerusalén se llamaron Judíos, siendo gobernadas por Roboam hijo de Salomón. Surgieron pues dos sucesiones de reyes: Roboam engendró a Abías, Abías engendró a Asa, Asa engendró a Josafat, Josafat engendró a Joram, Joram engendró a Ocozías, Ocozías engendró a Joás, Joás engendró a Amasías, Amasías engendró a Azarías – también llamado Uzías –, Azarías – o Uzías – engendró a Jotam, Jotam engendró a Acaz, Acaz engendró a Ezequías; en tiempos de Ezequías y Acaz las tribus de Israel fueron llevadas cautivas a los montes de los Medos. Después de esto, Ezequías engendró a Manasés, Manasés engendró a Amós, Amós engendró a Josías, Josías engendró a Jeconías – también llamado Salum, y a quien también le decían Amasías. Este Jeconías engendró al Jeconías llamado Sedequías y Joaquín.

Y nadie debe dudar de esto sino más bien admirar la precisión, útilmente dispuesta aquí para los diligentes que, por su deseo de aprender, quieren comprender el sentido exacto de las Escrituras. Ellos, inmediatamente después del provecho, estarán obligados a ser prudentes, habiendo ganado lo expresado en el Evangelio que, debido a una ambigüedad, fue suprimido por algunos ignorantes para corregirlo. Pues san Mateo contó las generaciones^{xlix} en tres partes, diciendo que desde Abraham hasta David hay catorce generaciones, desde David hasta la cautividad catorce generaciones, y desde la cautividad hasta Cristo

catorce generaciones. Las dos primeras cuentas se encuentran claras, sin que tengan ninguna falta, pues abarcan hasta los tiempos de Jeconías; pero en la tercera cuenta no se encuentra la sucesión de nombres que hace el total de catorce generaciones sino trece, puesto que algunos encontraron a un Jeconías junto con otro Jeconías, y por ello pensaron que la cuenta había sido duplicada. No había una duplicación, sino una cuenta clara, pues el hijo ha sido llamado con el nombre del padre, Jeconías hijo de Jeconías. Al suprimir un nombre con intención de corregirlo, algunos – conducidos por la ignorancia – hicieron que la promesa quedara carente de fundamento con relación al total de la cuenta de los catorce nombres y eliminaron el ingenioso orden de esta disposición.

En efecto, la cautividad de Babilonia comenzó en el tiempo de Jeconías. En aquel tiempo de la cautividad, los ancianos fueron a Nabucodonosor en Babilonia y le rogaron que enviara a algunos de sus propios [súbditos] a la tierra de Israel como residentes de modo que, al trabajarla, la región no se volviera un desierto. Aceptó su súplica (pues no se retrasó) y envió a cuatro pueblos de entre sus propios [súbditos], llamados Cuteos, Cudeos, Sepfarureos y Anagogaveos los cuales, subiendo con sus ídolos, habitaron en lo que en ese entonces era Samaria, eligiendo para sí mismos esa tierra por ser opulenta y muy fértil. Pero luego de un tiempo estos, destrozados por las bestias salvajes – leones, panteras, osos y otras bestias feroces – se dirigieron a Babilonia, asombrados en gran manera, preguntando cuál había sido el género de vida de los moradores que habitaron antes y cómo habían sido capaces de soportar la voracidad y violencia de las bestias. El rey, volviendo a llamar a los ancianos, les preguntó por la clase de vida que llevaban cuando todavía vivían en Judea, cómo se ocultaban de la voracidad de las bestias, habiendo tantos ataques de animales salvajes y azotes en aquella tierra. Ellos le explicaron la Ley de Dios y con inteligencia le revelaron lo que se desprende de un razonamiento sensato, diciéndole que no le sería posible a un pueblo habitar allí si no cumpliera la Ley del Dios del cielo que fue dada por medio de Moisés; pues Dios es el protector de la tierra, y no quiere que en ella existan desviaciones como la idolatría y otras por parte de pueblos extraños. El rey, prestando atención, quedó convencido por la ciertísima interpretación de los que explicaban y pidió una copia de la Ley. Ellos se la entregaron sin pensar, y con la Ley también enviaron a Esdras, un sacerdote maestro de la Ley en Babilonia, para enseñar a los Asirios que estaban establecidos en Samaria (a los antes mencionados Cuteos y a los otros) la Ley de Moisés. Esto ocurrió más o menos en el trigésimo año de la cautividad de Israel y Jerusalén. Pues bien, Esdras y los que estaban con él enseñaron al pueblo que estaba en Samaria,

y los que recibieron la Ley por medio de Esdras, quien vino de Babilonia, fueron llamados Samaritanos. Pasaron otros cuarenta años, la cautividad se suspendió e Israel regresó de Babilonia.

Es digno de asombro cómo, en correspondencia con los cuatro pueblos, han surgido también cuatro sectas en la misma nación; hablo, en primer lugar, de los Esenios, segundo de los Gorotenos, tercero de los Sebueos y cuarto de los Dosíteos. Aquí voy a dar inicio al asunto de la declaración acerca de las sectas y explicaré brevemente de qué modo se originaron. Lo que ocurrió fue que, así como de la multiplicidad de lenguas han surgido pueblos con diferentes idiomas, de cada tribu y patriarcado surgieron diferentes pueblos, y todo pueblo colocó a un rey como dirigente - de lo cual se han sucedido guerras, rebeliones y choques entre naciones en conflicto, prefiriendo cada uno usar la violencia para imponer su propia voluntad y, a causa de la insaciable ambición que domina toda nuestra vida, quedarse para sí los [bienes] de los vecinos - así también en este tiempo que se ha mencionado, cuando la religión única de Israel y los escritos de la Ley pasaron a otro pueblo (me refiero a los Asirios que fueron enviados, de los cuales descienden los Samaritanos), ocurrió también la divergencia de opinión. Y luego el error y la discrepancia comenzaron a diseminarse a partir de la única piedad en muchas opiniones adulteradas, según a cada uno le pareció, creyéndose instruido en la Escritura y explicándola según su propia voluntad.

IX

Sobre los Samaritanos, secta del Helenismo

Los Samaritanos son el punto de partida de las sectas que se basan en la divina Escritura después de las antedichas sectas Helénicas, fundadas por hombres de inteligencia aturdida que no tienen la divina Escritura en sus propios pensamientos. Todo el pueblo, pues, se llamó el de los Samaritanos. "Samaritanos" se puede interpretar como "observadores" debido a haberse apostado en el lugar en condición de vigilantes, o bien por ser observantes del pacto conforme a la Ley de Moisés. También el monte donde fueron establecidos se llamaba Somoron - y también Somer, por un anciano llamado Somoron hijo de Somer - y se llamó así por este hombre. Este Somoron era hijo de un hombre de los pueblos de los Ferezeos y de los Gergeseos que habitaban la región por aquel entonces, los cuales eran descendientes de Canaán, quien había arrebatado aquella tierra que ahora es llamada Judea y Samaria. [Esta región] era de los hijos de Sem, no propia de ellos, ya que el mismo Canaán era hijo de Cam, hermano paterno de Sem.

Y sucedió que fueron denominados con el nombre de “Samaritanos” por diferentes motivos: por Somer, por Somoron, por vigilar la tierra y por observar las enseñanzas de la Ley.

Los Samaritanos son diferentes a los Judíos, en primer lugar, en esto: que no se les transmitió el texto de los profetas posteriores a Moisés sino sólo el Pentateuco, que fue dado a la simiente de Israel en el éxodo por medio de Moisés, después de la salida de Egipto – me refiero a [los libros de] Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio; en el idioma hebreo se llaman de esta manera: Bereshit, Shemot, Vaikrá, Bamidbar y Debarim. El indicio de la resurrección de los muertos ha sido esparcido en estos cinco libros, aunque por cierto no ha sido proclamado claramente. También en ellos han sido diseminadas [señales] acerca del unigénito Hijo de Dios, acerca del Espíritu Santo y en contra de los ídolos, pero en ellos está la introducción más clara a la [doctrina] de la Monarquía, y la Trinidad es anunciada espiritualmente en la Monarquía^l. Los que recibieron la Ley se interesaron en apartarse de la idolatría y conocer al Dios Uno, pero no tuvieron diligencia en aprender a conocer de manera más precisa. Extraviados y sin haber comprendido todas y cada una de las partes de la fe y el estatuto de nuestra vida^{li}, desconocían la resurrección de los muertos y no creían en ella, ni aceptaban el Espíritu Santo, pues no lo conocían. Y esta misma secta que por una parte niega la resurrección de los muertos pero por otra rechaza la idolatría, es en sí misma idólatra por ignorancia, ya que los ídolos de los cuatro pueblos están ocultos en el monte que ha sido calumniosamente llamado por ellos Garizim. El que quiera investigar con más precisión acerca del monte Garizim ha de saber que los dos montes – el Garizim y el Ebal – están situados cerca de Jericó, en el límite del Jordán hacia el oriente de Jericó, como dice el Deuteronomio y el libro de Josué hijo de Nun. Aunque lo ignoren, cometen idolatría por el hecho de que, dondequiera que estén, se vuelven hacia el monte cuando oran [creyendo] que ha sido consagrado. Pues es imposible que la Escritura mienta cuando dice: “Permanecieron cumpliendo la Ley y adorando a sus ídolos hasta el día de hoy”^{lii}, como se denuncia en el cuarto libro de los Reyes.

Pero son absolutamente refutados acerca de la resurrección de los muertos; en primer lugar por Abel cuya sangre, después de morir, invocó al Señor. Pues la sangre no se encuentra en alma, sino el alma en la sangre, y [Dios] no dijo: “El alma clama a Mí” sino “La sangre clama a Mí”^{liii}, demostrando que hay esperanza de una resurrección de los cuerpos. También Enoc fue trasladado para no ver muerte, y no fue hallado^{liv}; también Sara, después de que su matriz se muriera y su período menstrual se secara, fue hecha fecunda nuevamente para el depósito de la semilla y la mujer anciana concibió el hijo prometido

por la esperanza de la resurrección. Y esto no es todo. En efecto, también Jacob encargó el cuidado de sus propios huesos como cosas que no iban a destruirse; y no sólo él sino también José, al encargar [el cuidado de los suyos], dejó entrever por esta misma disposición la figura de la resurrección. Y no sólo esto, también la vara de Aarón que estaba seca floreció de nuevo y dio fruto en esperanza de vida, señalando que nuestros [cuerpos] muertos serán resucitados y apuntando a la resurrección; semejantemente, también el bastón de Moisés, que era de madera, manifestó la resurrección al ser animado por la voluntad de Dios y convertirse en una serpiente. Moisés también, al bendecir a los [de la tribu] de Rubén dice: “Viva Rubén y no muera”^{lv} aunque aquel había muerto hace tiempo, para indicar que hay vida después de la muerte, pero [también] un juicio de una muerte segunda como castigo. Por lo cual le son concedidas dos bendiciones: cuando dice “viva” quiere decir en la resurrección y “no muera” en el juicio, no refiriéndose a la muerte que resulta de la separación del cuerpo, sino a la que viene como castigo [del juicio]. Basten pues estos pocos ejemplos como refutación de estos. Tienen también algunas otras [costumbres] llenas de locura: se lavan con orina después de que vuelven de otras tierras, [como] si estuvieran contaminados; se sumergen en el agua con vestidos y todo después de tocar a algún extranjero, pues consideran que es una mancha el tocar a alguien o tener contacto con algún otro hombre de distinta creencia. Ciertamente, la locura de estos es enorme.

Aplicando la inteligencia verás, oh estimado, cuán fácil se vuelve el rebatir su estupidez. Sienten repugnancia apenas ven un cadáver, estando ellos muertos por sus obras. Pues no sólo un testimonio, sino muchos, testifican que un cadáver no es causa de impureza, sino que la Ley lo dijo de manera figurada. A esto no nos lo certifica dos o tres testimonios, sino los seiscientos veinte mil^{lvi} que fueron contados en el desierto y muchos otros, y posteriormente fueron muchos más aun los que siguieron el féretro de José, que fue transportado durante cuarenta años, cada vez que levantaban el campamento, y no contaminó ni manchó. La Ley decía la verdad al decir que “si alguno tiene contacto con el muerto, permanecerá impuro hasta la tarde y se lavará con agua y será purificado”^{lvii}, pero decía esto haciendo alusión a la muerte de nuestro Señor Jesucristo, en relación a su sufrimiento carnal. Esto se revela a partir del artículo definido “el” de la expresión, pues cuando está colocado el artículo se corrobora que se trata acerca de alguien que está especificado y es muy evidente a causa del artículo; pero sin el artículo hay que tomarla indefinidamente, como de uno cualquiera. Por ejemplo, si dijéramos “rey” damos un nombre, pero no indicamos claramente al especificado, pues decimos “un rey” de los Persas, “un rey” de los Medos, “un rey” de los Elamitas. Pero si agregamos el artículo diríamos “el rey”.

Lo que se señala es inequívoco, pues el rey en cuestión, el que es llamado rey, el que es reconocido como rey o el que es rey de algún lugar, se indica por medio del artículo. Y si dijéramos “Dios”, sin el artículo, quizá nos referimos al dios de los gentiles o bien al Dios real; pero si dijéramos “el Dios” es evidente que por medio del artículo “el” señalamos al [Dios] real, verdadero y reconocido, así como también en “hombre” y “el hombre”. Si la Ley hubiera dicho “Si toques cadáver” la sentencia se habría pronunciado respecto de todos y la expresión en cuestión abarcaría sencillamente a todos los cadáveres; pero puesto que dice “Si alguno toca el cadáver”, el sentido recae sobre uno en particular – me refiero al del Señor, como lo he aclarado más arriba. Pero la Ley dijo esto – veladamente, en verdad – de las manos que habrían de ponerse sobre Cristo y entregarlo a la cruz, que tenían necesidad de purificación hasta que se pusiera el sol y se les levantara otra luz por medio del bautismo de agua, del “lavamiento de la regeneración”. Así también Pedro me confirma en este punto al decirles a los Israelitas que estaban en Jerusalén y le preguntaban: “¿Qué haremos, varones hermanos?”^{lviii}, porque él les había dicho “a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis”; y al compungírseles el corazón, dijo: “Arrepentíos, varones hermanos, y sea cada uno bautizado en el nombre de Jesucristo nuestro Señor, y serán perdonados vuestros pecados y recibiréis el don del espíritu Santo.”^{lix} Ciertamente la Ley no habla acerca de un cadáver; pero si lo hace, habla de un cadáver determinado. <Pues acerca de un [cadáver] indeterminado> manda actuar de modo distinto, pues dice: “Si un cadáver pasase delante [de tu casa] cierra tus puertas y ventanas, para que no se contamine la casa”, como si dijera, con respecto a escuchar un pecado, que si escuchases una expresión pecaminosa o [vieses] una especie de transgresión, cierra tu ojo al deseo apasionado y tu boca a la maledicencia y tu oído al rumor malvado, para que la casa entera – esto es, el alma y el cuerpo – no se muera. Por lo cual también el profeta dice: “Subió la muerte por las ventanas”^{lx}, aunque no se refiere en lo absoluto a estas ventanas^{lxi}; de otra manera, cerrando las ventanas conseguiríamos que nadie se muriera. Nuestras ventanas son los sentidos del cuerpo – la vista, el oído y los demás – a través de los cuales la muerte se introduce en nosotros, si pecásemos por medio de ellos. En efecto, José enterró a Israel y no se contaminó y después de muerto, inclinándose sobre su rostro, lo besó. Y no está escrito que se lavó a fin de que se purificase. Los ángeles – como dice la tradición que nos llegó – enterraron el cuerpo del santo Moisés y no se lavaron, sino que los ángeles ni siquiera fueron manchados por el cuerpo santo.

De nuevo, mi temor es que no dirigiré con prolijidad la explicación del asunto indagado. Por medio de uno o dos razonamientos le será dado al sabio el pensar sabiamente en el Señor contra aquellos que [están] en la oposición.

Y aunque me será [necesario] hablar brevemente acerca del Espíritu, no me demoraré. En efecto, el Señor le dijo en términos precisos a Moisés: “Tráeme al monte setenta ancianos, y tomaré del Espíritu que está sobre ti y lo derramaré sobre ellos, y te ayudarán.”^{lxii} Pero a fin de que conozcamos acerca del Hijo, <el> Padre dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”^{lxiii}; pero el “hagamos” no es indicativo de una [persona], lo mismo que “El Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra fuego y azufre de parte del Señor desde el cielo.”^{lxiv} Más acerca de los profetas [los Samaritanos no los admitieron], puesto que al principio les fue dado <sólo> el Pentateuco y no las otras Escrituras, aceptaron sólo el Pentateuco y no los siguientes [libros]. Incluso ahora, si alguien les hablara sobre los otros – me refiero a David, Isaías y los demás – no los admiten, manteniéndose en la tradición que recibieron de sus propios antepasados. Y hasta aquí llega mi esbozo acerca de los Samaritanos, expuesto en breves palabras, a causa del temor que anticipamos de hacer muy extenso el contenido de la obra.

X

Sobre los Esenios, secta de los Samaritanos

Los Samaritanos se han separado en cuatro sectas, las cuales piensan las mismas cosas <acerca de> la circuncisión, del sábado y de <las otras [disposiciones]> que están en la Ley, pero cada una de las tres también se diferencia de sus semejantes en algunas cosas de poca importancia, con la sola excepción de los Dosíteos. Pues los Esenios permanecieron en la observancia original, sin ir más lejos; después de estos los Gorotenos difirieron con los otros en una pequeñez, puesto que se generó una controversia entre ellos, quiero decir entre los Sebueos, los Esenios y los Gorotenos. El carácter de la controversia es este: la Ley ordenó a los Judíos de todas partes el reunirse en Jerusalén en muchas ocasiones, <y> [especialmente] en tres fechas del año, en la [fiesta] de los Ázimos, en la de Pentecostés y en la de los Tabernáculos. Pero los Judíos estaban diseminados y vivían en los confines de Judea y Samaria. Aquellos que se dirigían a Jerusalén se cruzaban con los Samaritanos al hacer el viaje. Puesto que las multitudes que iban a celebrar las fiestas coincidían en una fecha, de aquí se generaban choques; además, cuando Esdras reedificaba Jerusalén luego del retorno de Babilonia, los Samaritanos propusieron ofrecer su ayuda a los Judíos y reconstruirla en conjunto, pero fueron rechazados por Esdras y por Nehemías.

XI

Sobre los Sebueos, secta de los Samaritanos

Entonces los Sebueos, por enojo y resentimiento, modificaron las fechas de las fiestas antes mencionadas, en primer lugar por enojo contra Esdras, y en segundo por el motivo antedicho, la provocación a pelear por causa de los que atravesaban [Samaria]. Estos colocan la luna nueva de la [fiesta] de los Ázimos después del año nuevo, el cual ocurre a fines de otoño, esto es, después del mes de Tisri, el cual es llamado Agosto por los Romanos, Mesori por los Egipcios, Gorpieo por los Macedonios y Apeleo por los Griegos. Hacen de este punto el principio del año e inmediatamente celebran la [fiesta de] los Ázimos, pero la de Pentecostés la hacen a fines del otoño, y la de los Tabernáculos la celebran cuando entre los Judíos es la de los Ázimos, también [llamada] la Pascua.

XII

Sobre los Gorotenos, secta de los Samaritanos

Los Gorotenos y los otros no se dejaron persuadir por los Sebueos. Cuando los Esenios están cerca de los otros practican las mismas cosas que aquellos; sólo los Gorotenos y los Dosíteos son los que tienen rivalidad con los Sebueos. Y estos – hablo de los Gorotenos y los Dosíteos – realizan las fiestas de los Ázimos, también [llamada] Pascua, de Pentecostés, de los Tabernáculos y un día de ayuno establecido entre ellos cuando las celebran los Judíos. Pero los otros^{lxv} no hacen así, sino que [las celebran] separadamente en los meses que mencionamos.

XIII

Sobre los Dosíteos, secta de los Samaritanos

Los Dosíteos se diferencian de los otros en muchos aspectos. Reconocen la resurrección y tienen normas de observancia religiosa: se abstienen de [comer] animales, incluso algunos de ellos se abstienen del matrimonio después de haber vivido [en ese estado], mientras otros se quedan vírgenes; del mismo modo, tienen [los ritos de] la circuncisión, el sábado y no tocan a nadie debido a que sienten repugnancia de todo hombre por igual. El rumor dice que guardan ayuno y practican una disciplina rigurosa. El motivo de que Dosíteo creyera estas cosas es la siguiente: este venía del Judaísmo y se unió a los pueblos de los Samaritanos. Estaba avanzado en la enseñanza de los comentarios judíos a la Ley y perseguía las principales distinciones, pero cuando fracasó en ser tenido en cuenta y no fue considerado alguien digno por los Judíos, se fue al pueblo Samaritano y estableció esta secta. Por un exceso de pretendida sabiduría se retiró a una cueva por ahí, persistiendo en el ayuno inútil e hipócritamente y de esta forma – según dice el rumor – murió por falta de pan y de agua, aparentemente por su propia voluntad.

Después de unos días algunos fueron a visitarlo y hallaron el cuerpo hediondo, cubierto de gusanos y una nube de moscas revoloteaba sobre él. En efecto, habiendo este terminado de tal modo su vida vanamente se convirtió en el autor de la secta, de donde sus imitadores son llamados Dosíteos o Dositenos.

Y estas son las diferencias que [sobre] las cuatro sectas antes mencionadas han llegado a nuestro conocimiento, las cuales se refutarán por medio de las cosas dichas sobre ellas. Pero volveré de nuevo a las sucesivas filtraciones de las épocas^{lxvi}, ligando los rebaños del error^{lxvii} y realizando la réplica contra ellos al revelar sus abominables prácticas y hacer una resumida refutación de la ponzoña de estas serpientes malvadas y destructivas.

XIV

Sobre los Saduceos, secta del Judaísmo

De nuevo, después de las antedichas sectas de los Samaritanos y de las ya mencionadas de los Griegos un poco más arriba, un número de siete [sectas] surgieron entre los Judíos en Judea y en Jerusalén antes de la presencia encarnada de Cristo.

Los primeros son los Saduceos, que son una separación de Dosíteo, del que ya se ha hablado. estos se denominan a sí mismos Saduceos, es decir, este sobrenombre se deriva de “justicia”, pues Zedek se interpreta como “justicia”.^{lxviii} También existió antiguamente un sacerdote de nombre Zadok. Pero estos no permanecieron en la enseñanza del que está por encima de ellos, pues negaron la resurrección de los muertos, teniendo ideas semejantes a los Samaritanos. No admiten [la existencia de] los ángeles, lo cual los Samaritanos no niegan, ni conocen al Espíritu Santo, pues no son considerados meritorios de este. Observan todas las cosas [de la Ley], al igual que los Samaritanos, pero no eran Samaritanos, sino Judíos, pues ofrecían sacrificios en Jerusalén y colaboraban en todo con los Judíos.

Estos también serán refutados por la palabra fidedigna del Señor, la cual ellos atrajeron sobre sí mismos por medio de la explicación de la pregunta, cuando fueron a Él, “si puede haber resurrección de los muertos”. Y “hubieron siete hermanos, y el primero se casó con una mujer y murió sin hijos; entonces el segundo la tomó” – pues fue recomendado por Moisés tomar por esposa a la viuda del hermano que murió sin hijos y casarse con ella en favor del hermano, para levantarle simiente en nombre del difunto.

“La tomaron, en efecto” – dijeron – “el primero y el segundo hermano, y murieron, y de modo semejante los siete. En la resurrección de los muertos, ¿de cuál será mujer, puesto que los siete la conocieron?”. Pero el Señor respondió: “Erráis, porque no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios. Pues en la resurrección de los muertos no se casan ni se dan en casamiento, sino que son iguales a los ángeles. Pero que los muertos resucitarán os lo enseñará Moisés, como Dios se lo expresó al decir: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; y Dios es [Dios] de vivos, no de muertos”.^{lxix} Y “les cerró la boca”, pues estos son fáciles de rebatir y no son capaces de resistir ni un momento contra la verdad.

XV

Sobre los Escribas, secta del Judaísmo

Después de estos Saduceos, surgieron por aquel tiempo los Escribas – o sea que eran contemporáneos entre ellos – los cuales eran repetidores de la Ley, como si enseñaran algún tipo de gramática. Cumplen todas las reglas de los Judíos pero introdujeron cierta prescripción excesiva y falaz, no viviendo solamente según la Ley sino de un modo más allá de la medida, observando “el lavado de las vasijas, de los vasos y de los platos”^{lxx} y de los otros utensilios de la vajilla, como si estuvieran dispuestos para un uso puro y santo. “Se lavan las manos con frecuencia”, y también se limpian algunos tipos de contaminación por medio de frecuentes baños y lavamientos. Tienen unas “franjas”^{lxxi} indicadoras de su género de vida, para exhibición de su jactancia y elogio de los que los ven, y [es costumbre] entre ellos que se pongan “filacterias” – esto es, anchas marcas púrpura – sobre sus vestiduras. Alguno podría pensar – puesto que esto también se dice en el Evangelio – que quizá habla de amuletos, puesto que también algunos acostumbran llamar filacterias a los amuletos. Pero esta palabra no tiene absolutamente nada que ver con esto, sino que los tales vestían trajes o vestimentas y capas o túnicas adornadas con franjas de púrpura. Los más escrupulosos acostumbraban llamar filacterias a las marcas púrpura, por lo cual también el Señor las ha llamado filacterias, como aquellos. La siguiente [frase] “y las franjas de las vestiduras” explica el sentido de la expresión; pues por “franjas” quiere decir “banda del borde” y por “filacterias” quiere decir “marcas púrpura”. Pues dice: “Ensancháis las filacterias y las agrandáis las franjas de vuestras vestiduras”.^{lxxii} Cada [Escriba] pone campanillas en los cuatro bordes de la capa, cosidas al mismo tejido, en el tiempo en que practica la continencia o el celibato, puesto que cada uno dispone un determinado período de castidad o continencia, y las tenían principalmente para anunciar a los hombres los votos que habían tomado, para que tocara a los supuestos santificados.

Entre ellos habían cuatro repeticiones^{lxxiii}: la primera atribuida a nombre de Moisés el profeta; la segunda al maestro de ellos, Akiba, también llamado Bar Akiba; otra a nombre de Adán o Anán, también [llamado] Judá; y otra más a nombre de los hijos de Asmoneo. Cuantas tradiciones entre ellos se han sancionado como leyes presuntamente sabias a partir de estas cuatro repeticiones (aunque la mayoría son insensatas) son exaltadas, respetadas, celebradas y proclamadas como una enseñanza de condición preferencial.

XVI

Sobre los Fariseos, secta del Judaísmo

De estas dos sectas surgió a continuación otra distinta, la secta de los Fariseos, los cuales creían las mismas cosas que estos – me refiero a los Escribas, cuyo nombre se puede interpretar como “maestros de la Ley” – pues estos peritos en la Ley también estaban de acuerdo con ellos. Pero, por otra parte, los Fariseos tenían opiniones que iban más allá de la de aquellos, ya que tenían mayor cantidad de reglas de conducta. Algunos de ellos, cuando practicaban el celibato o determinaban igualmente un período de diez, ocho o cuatro años de continencia para dedicarlo a la oración constante, se veían metidos en esta lucha más intensa para no sufrir alguna [contaminación] corporal o ser sorprendidos por un desagradable flujo del cuerpo provocados por los sueños: a fin de pasar el mayor tiempo posible sin dormir, se procuraban camas de tablas de sólo un palmo de ancho para que, si alguno se durmiese, cayese al suelo y enseguida se levantara a orar. Otros juntaban piedritas y las esparcían [en sus camas] para que los pinchara y así no quedarse profundamente dormidos, sino mantenerse a sí mismos despiertos a la fuerza; otros tenían un lecho de espinas por el mismo propósito. Ayunaban dos veces a la semana, el segundo y el quinto día; daban el diezmo, las primicias del trigésimo y del quincuagésimo día, y cumplían con los sacrificios y las plegarias con la mayor escurpulosidad. Tomaron la antedicha manera [de vestir] de los Escribas, en los trajes, en las vestiduras femeninas y en los demás aspectos externos, como en las sandalias de anchas suelas y lengüetas que hacían ruido al caminar. Fueron llamados Fariseos por estar separados de los demás debido a la exagerada religiosidad que era costumbre entre ellos; en efecto, “Fares” significa, según la lengua hebrea, “separación”.

Ellos reconocían la resurrección de los muertos, creían en la existencia de los ángeles y del Espíritu, pero desconocían al Hijo de Dios como los otros. También entre ellos se le prestaba mucha atención al destino y la astronomía.^{lxxiv} Para empezar, entre ellos los nombres griegos – tomados de la astronomía de los que han errado – han sido cambiados por otros nombres, según el dialecto hebreo;

por ejemplo, el Sol es Hemá o Shémesh, la Luna es Iareaj o Albaná, por lo cual también es llamada Mene (pues el mes se dice Iareaj, pero la Luna Mene, como también entre los Griegos por causa del mes)^{lxv}, Marte es Kojab Okbol, Mercurio Kojab Jojmá, Júpiter Kojab Baal, Venus Zeruá o Lilith, Saturno Kojab Shabetai (entre los Judíos también se los llama con otros nombres, pero no puedo dar los nombres de estos con certeza). Así también, por otra parte, [estos] son los nombres hebreos de los que entre los errados – los cuales inicualemente extraviaron al mundo en la impiedad – son considerados en el número de los elementos [celestes], a los que llaman “zodiaco”: Telá, Sor, Thomim, Saratán, Ari, Bethula, Mozamai<m>, Akrab, Keshet, Gadí, Dallí y Degim. Siguiendo inútilmente a los Griegos, estos – me refiero a los Fariseos – cambiaron los mismos nombres al hebreo de esta manera: Aries es llamado entre ellos Telá, Tauro es Sor, Géminis Thomim, Cáncer Saratán, Leo es Ari, Virgo Bethula, Libra Mozamai<m>, Escorpio Akrab, Sagitario Keshet, Capricornio es llamado Gadí, Acuario Dallí y Piscis Degim.

No he puesto por escrito estas cosas para trastornar a los lectores, ni para confirmar la cháchara de los que introdujeron furtivamente en la vida la incoherente y loca extravagancia de la astronomía, pues esta ha sido refutada por la verdad, siendo inconsistente y errada. En otros tratados hemos dicho muchas cosas para refutación de los que creen en la fortuna y el destino, pero también en el proemio de esta obra nos hemos ocupado brevemente en contra de estos; pero para que nadie piense que presentamos acusaciones calumniosas contra algunos y que no expusimos rigurosamente la verdad de sus tradiciones, las hemos mencionado incluso por su nombre. Esta no es la mayor dificultad y estupidez que se puede encontrar entre aquellos que reconocen la resurrección y determinan un juicio justo. ¿Cómo, pues, es posible que exista un juicio y [a la vez] la fatalidad? Es necesario que exista uno de los dos: o bien al existir el destino no hay un juicio, ya que al obrar el que actúa no lo hace por propia cuenta sino por necesidad, bajo el dominio de lo que ha sido marcado por el destino; o bien, al existir un juicio que en verdad se cierne amenazante, leyes que actúan como jueces, y ser llevados a juicio los que obran el mal– pues se reconoce que la ley es justa, y el juicio de Dios fidedigno – lo que determina el destino queda anulado y no tiene ningún sustento en lo absoluto.

Por lo cual, la diferencia entre cada uno de estos casos se define por el hecho de haber pecado o no pecado: al que pecó le será demandada justicia por los pecados, mientras que al que hizo el bien le ha de aguardar el elogio por haber obrado bien. Así también lo dice concisamente una justa expresión, la cual en verdad fue pronunciada por el profeta Isaías en la persona del Señor:

“Si quisierais y me oyerais, comeréis los bienes de la tierra; pero si no quisierais ni me oyerais, serán devorados por la espada. Ciertamente la boca del Señor ha dicho estas cosas.”^{lxxvi} De suerte que es evidente, seguro e indudable para toda persona que el mismo Dios que dijo “Si quisierais y si no quisierais” concedió el libre albedrío, de modo que corresponde al hombre el hacer el bien o el entregarse a las malas obras. Así pues, la opinión de los que creen que hay un destino es errónea, mayormente la de los Fariseos; las cosas que les dijo el Salvador – no por medio de una sola amonestación sino de muchas – se les aplican de modo más intenso y en varios sentidos: “¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que dejáis de lado los aspectos importantes de la ley, el juicio y la misericordia, pero diezmáis el eneldo, la menta y la ruda; que limpiáis el exterior del vaso y del plato, pero el interior está lleno de impureza e incontinencia. Juzgáis que es legítimo jurar por lo que está encima del altar pero, para vosotros, el que lo hace por el altar mismo queda liberado del juramento, y decís que jurar por el cielo no es nada, pero si alguno jurase por el que está encima del cielo, este queda comprometido. ¿Acaso el altar no carga lo que está encima, y el cielo no es el trono del que está sentado sobre él?”^{lxxvii} O decís: Si alguno dijese al padre o a la madre “es Corbán”, esto es, es ofrenda a Dios aquello que de mí hubieras podido recibir como ayuda, ya no está obligado a honrar al padre, y habéis anulado el mandamiento de Dios por la tradición de vuestros antepasados.^{lxxviii} Recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, hacéis de él un hijo del infierno dos veces más que vosotros”.^{lxxix}

¿Qué mejor que las sagradas palabras podría uno proponer para oposición de los antes mencionados? Pero creo que es mejor obedecer a las sabias y verdaderas palabras del Salvador, a las que no fueron capaces de enfrentarse ni en lo más mínimo.

XVII

Sobre los Hemerobaptistas, secta del Judaísmo

Una secta, la de los llamados Hemerobaptistas, coincide con estas; no difiere en nada de las otras, sino que piensan las mismas cosas que los Escribas y los Fariseos, aunque no se asemejan a los Saduceos por la negación de la resurrección de los muertos sino por la incredulidad que [comparten] con los otros. Pero esta secta había adquirido esta particularidad, de suerte que en primavera, otoño, invierno o verano, en todo tiempo se bautizaban a diario, de donde han tomado la denominación de Hemerobaptistas.^{lxxx}

Dicha secta afirmaba que no hay vida para un hombre a no ser que se bautizase en agua cada día para ser lavado y purificado de toda culpa.

Pero con una palabra efectuaremos una refutación de esta [secta], porque sus palabras [demuestran] incredulidad más que fe. Pues su conciencia demuestra, al bautizarse cada día, que la esperanza, la confianza y la purificación que tenían ayer han dejado de existir. Porque si se conformaran con un bautismo, entonces confiarían en este como si fuera un elemento vivo e inmortal por siempre. Puesto que se lavaron hoy, no para limpiarse la inmundicia del cuerpo sino a causa de los pecados, entonces fueron purificados de estos; pero, por otra parte, al lavarse de nuevo al día siguiente muestran que el bautismo que tomaron ayer ha caducado, pues a menos que el que [tomaron] antes haya dejado de existir no necesitarían de otro al siguiente [día] para purificación de los pecados. Pero si no se abstienen por completo de pecar, pensando que el agua purificará a los que pecan continuamente cada día, su pensamiento es vano y su conducta inútil y trasnochada. Ni Océano, ni todos los mares y aguas corrientes, todos los ríos y las fuentes inagotables y las lluvias generadas por la naturaleza juntos son capaces de borrar los pecados, puesto que [tal cosa] no surge de la razón ni del mandato de Dios; pues el arrepentimiento y el único bautismo purifican por medio de la confesión pública de los principios de la fe. Pero pasaré también esta [secta], y pienso que he dado de modo suficiente el breve remedio para su locura, que ha sido compuesto aquí para los lectores.

XVIII

Sobre los Nasareos, secta del Judaísmo

A continuación, después de los Hemerobaptistas, me dedicaré a exponer las [características] de la secta llamada de los Nasareos, los cuales son Judíos de stirpe. Venían de Galaad, de Basán y de [las regiones] allende el Jordán, como ya hemos dicho, pero son descendientes del mismo Israel. Esta secta practica todas las cosas del Judaísmo, y casi no tienen más creencias además de las mencionadas anteriormente. Al igual [que los Judíos] habían recibido la circuncisión, guardaban el mismo sábado, observaban las mismas festividades, pero no inculcaban [la creencia en] el destino ni la astronomía. También reconocía como antepasados a aquellos que están en el Pentateuco desde Adán hasta Moisés, quienes fueron ilustres por la excelencia de su piedad – me refiero a Adán, Set, Enoc, Matusalén, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Leví y Aarón, Moisés y Josué hijo de Nun – pero no reconocía el Pentateuco mismo; reconocía a Moisés y creía que había recibido la Ley, pero no esa – dicen – sino otra.^{lxxxix}

Por lo cual, aunque eran Judíos y guardaban todas las normas de los Judíos, no ofrecían sacrificio ni comían animales sino que entre ellos era ilícito comer su carne u ofrecerlos en sacrificio. Decían que estos libros habían sido fraguados y que ninguna de estas [costumbres] había sido establecida por los antepasados. Esta era la diferencia de los Nasareos con respecto a las otras sectas, y la refutación de estos está [expuesta] con claridad no en un solo lugar, sino en muchos.

En primer lugar, en el hecho de reconocer a los antepasados, a los patriarcas y a Moisés. Puesto que, aparte del Pentateuco, las otras Escrituras no los mencionan, ¿de dónde les vino el conocimiento del nombre y la excelencia de los antepasados, si no es de los mismos libros del Pentateuco? ¿Y cómo puede algo ser verdad y mentira al mismo tiempo, y la Escritura ser en parte verdadera, en parte mentirosa, habiendo dicho el Salvador: “Haced el árbol bueno y los frutos serán buenos, o el árbol malo y los frutos serán malos”^{lxxxii}; “No puede el árbol bueno dar frutos malos, ni el árbol malo dar frutos buenos”^{lxxxiii}? En efecto, su pensamiento y enseñanza son inútiles, teniendo su refutación a partir de numerosos asuntos, puesto que no sólo se conservan en las Escrituras los hechos que se celebran hasta el presente, sino incluso los lugares donde ocurrieron cosas milagrosas: primero, el lugar en el que Abraham ofreció el carnero a Dios, así llamado monte Sión hasta este día, pero también el roble de Mamre, donde la ternera fue servida a los ángeles. Pero si Abraham ofreció la carne que había preparado a los ángeles, él no habría dejado de comer de la misma.

También la tradición del cordero sacrificado en el país de Egipto es aun célebre entre los Egipcios, incluso entre los idólatras. Pues en aquel tiempo, cuando la Pascua ocurrió en ese lugar (esta sucedió al principio de la primavera, cuando es el primer equinoccio) todos los Egipcios toman pintura roja – aunque no saben por qué – y untan no sólo los rebaños sino también los árboles, las higueras y todas las demás cosas afirmando y declarando que, según dicen, de alguna manera el fuego consumió el mundo en aquel día; pues el aspecto rojo brillante de la sangre es una protección de una desgracia de tal magnitud y naturaleza. ¡Cómo no vamos a señalar lo relativo a este ritual! Así también, los restos del arca de Noé son visibles aun hoy en el país de los Carducos.^{lxxxiv} Y si alguno buscara e investigara, con seguridad también encontraría (puesto que es lógico) los restos del altar al pie del monte, donde Noé se quedó cuando salió del arca; y cuando ofreció a Dios el Señor de los animales puros y de su grasa fue [cuando] escuchó: “He aquí, te he dado todas las cosas como hierba del campo, mata y come”.^{lxxxv} Pero, una vez más, pasaré de largo lo extraño y estúpido de esta secta, estando satisfecho con las pocas palabras antedichas, sembradas aquí por mi humilde inteligencia para oposición del error de la secta a mencionada.

XIX

Sobre los Osenos, secta del Judaísmo

A su vez, después de esta, hay otra secta, extraviada junto con aquellas, llamada la [secta] de los Osenos. Como los antes mencionados, estos son Judíos, hipócritas en su manera de ser y terribles en su pensamiento. Estos provenían – como dice la tradición que ha llegado a nosotros – de la región de Nabatea, Iturea, Moab y Arielitis, de los países que están situados más allá de la cuenca que en las Sagradas Escrituras es nombrada como el [Mar] Salado; esta es la misma que es llamada el Mar Muerto. Este “pueblo de los Osenos”, por la traducción de su nombre, se interpreta como “pueblo robusto”.^{lxxxvi} El [hombre] llamado Elxai^{lxxxvii} – el cual era un falso profeta – se unió a ellos más tarde, en tiempos del emperador Trajano, después de la presencia encarnada del Salvador. Este compuso un libro, supuestamente por profecía o como inspirado por una sabiduría divina; pero también dicen que fue otro, un tal Ixeos, hermano de este. Dicho hombre era de carácter engañoso y tenía una manera de obrar equivocada. Proveniente del Judaísmo, creía las [mismas] cosas que los Judíos pero no vivía de acuerdo a la Ley, sino que introdujo una cosa tras otra y formó su propia secta, determinando que la sal, el agua, la tierra, el pan, el cielo, el éter y el viento eran [elementos] por los cuales debían jurar y a los que debían adorar; pero algún tiempo después definió otros siete testigos: me refiero al cielo, al agua, a los santos espíritus – como él dice –, a los ángeles de la plegaria, al aceite, a la sal y a la tierra. Le tenía aversión al celibato, aborrecía la continencia y obligaba a casarse. Aparentemente, introdujo algunas doctrinas fantasiosas como producto de una revelación; enseñó la hipocresía diciendo que, aunque <uno> tuviera que adorar de rodillas a los ídolos en un tiempo de persecución apremiante, no es pecado si no los adorase en su fuero íntimo, y lo que confesase con la boca no lo hiciese con el corazón.

Pero el embustero no se avergonzó y presentó otro testigo, diciendo que durante la cautividad en Babilonia un tal Finees, sacerdote de la tribu de Leví y de Aarón, y el antiguo Finees escaparon del azote de la muerte en Susa, durante el reinado de Darío, arrodillándose ante Ártemis; de suerte que todas sus enseñanzas son mentirosas y fútiles.

Como se menciona más arriba, este unió la antedicha secta con la llamada de los Osenos, de la que incluso hoy en día existen remanentes en la tierra de Nabatea, que también es [llamada] Perea, cerca de Moab; dicho pueblo se llama actualmente el [pueblo] de los Sampseanos. Aparentemente, se imaginan que lo llaman “poder que se ha revelado”, debido a que “El” significa “potencia”,

pero “xai” es “oculto”.^{lxxxviii} Pero la completa arrogancia de esta costumbre ha sido refutada y cayó en gran oprobio entre los que son capaces de comprender y conocer con precisión las cosas verdaderas. Pues aun hoy [existen], durante los días de Constancio y de los emperadores actuales. Hasta [la época] de Constancio dos hermanas – unas tales Martha y Marthana – familiares del mismo Elxai, fueron adoradas como diosas en su país, porque eran descendientes del antedicho Elxai. Martha murió hace poco tiempo, pero Marthana vive hasta el día de hoy. Los errados sectarios [que viven] en aquel país se llevaban incluso los escupitajos y las otras inmundicias del cuerpo [de las hermanas], supuestamente como protección de las enfermedades. ¡Por supuesto que no eran eficaces!, pero el extravío es siempre orgulloso y dispuesto al engaño, pues la maldad es ciega y el error es estúpido.

¿Hasta cuándo voy a perder el tiempo enumerando las habladurías de este charlatán, las cuales dijo falsamente en contra de la verdad, al enseñar en primer lugar la hipocresía y la negación de Dios, engañando a los que lo escuchaban al decir que podían participar de los repugnantes sacrificios de la idolatría y negar con su boca la propia fe sin cometer pecado? De manera que su enfermedad es incurable y no puede ser mejorada, porque si la boca que confiesa la verdad se predispone a la mentira, ¿acaso alguien podría confiar en que ellos no tengan un corazón engañoso? Porque la palabra divina declara con claridad y precisión, enseñando por el Espíritu Santo que “con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”.^{lxxxix} Pero también, en contraparte, supuestamente confiesa a Cristo por el nombre, cuando dice que Cristo es “el gran rey”; pero a partir de su obra embustera y falsa – un libro lleno de charlatanerías – no he podido determinar con seguridad si enseñó [esto] acerca de nuestro Señor Jesucristo pues ni siquiera lo especifica, sino que dice simplemente “Cristo”, como si estuviera – a partir de lo que hemos podido comprender – señalando o esperando a algún otro.

Prohíbe rezar volviéndose hacia el oriente, diciendo que no es necesario hacerlo de esta manera, sino que desde todas partes hay que volver el rostro hacia Jerusalén. Unos han de volverse a Jerusalén desde el oriente hacia el occidente, otros desde el occidente hacia el oriente, unos desde el norte hacia el sur y otros desde el sur hacia el norte, de modo que desde todos lados el rostro esté vuelto en dirección a Jerusalén. ¡Y mira la locura del embustero! Rechaza los sacrificios y los ritos religiosos como cosas extrañas a Dios, que de ninguna manera fueron ofrecidas a Dios por los antepasados o por la Ley, y dice que en su lugar es necesario rezar vuelto hacia Jerusalén, donde estaban el altar y los sacrificios, ¡el que rehúsa el consumo de carne entre los Judíos, el altar, el fuego y las demás cosas

como extrañas a Dios! Afirma, por medio de estas palabras, que el agua es de buen agüero pero que el fuego es hostil: “Hijos, no sigáis la imagen del fuego, porque erraréis, pues el tal es un error; pues lo veréis muy cerca y está a la distancia. No sigáis su imagen, sino seguid más bien el sonido del agua”. Y son muchas sus narraciones fabulosas.

Después describe a Cristo como una especie de poder, del cual incluso indica las medidas: la altura de veinticuatro esquenos, aproximadamente noventa y seis millas, y la anchura de seis esquenos o veinticuatro millas,^{xc} y del mismo modo cuenta fábulas inverosímiles acerca del grosor, de los pies y de lo demás. El Espíritu Santo es [una potencia] femenina semejante a Cristo, que se erige sobre una nube a la manera de una estatua y en medio de dos montes. Y callaré las demás cosas, a fin de no llenar el oído de los lectores con fábulas.

Posteriormente, en el libro miente al decir con palabras y expresiones huecas: “Que nadie busque la interpretación, sino que anuncie estas cosas sólo en la plegaria”, y aparentemente tomó estas [expresiones] de la lengua Hebrea – según lo que hemos entendido parcialmente –, aunque sus fantasías no tienen fundamento. Dice: “Abar anid moib nogilé daasím ané daasím nogilé moib anid abar selam” las cuales al ser interpretadas tienen – afirma – este claro [significado]: “Que pase [la] humillación que procede de mis padres, [la humillación] de su condena, de su degradación y de su sufrimiento, por la degradación en la condena a través de mis padres, pasando desde una humillación a un apostolado de perfección”. Pero todas estas cosas se cumplen en él, pues su poder y su engaño se han vuelto inútiles. Si alguien quisiera escuchar una interpretación minuciosa palabra por palabra, tampoco dudaremos en hacerlo sino que ofreceremos, para la completa conveniencia de los que quieren escucharlas minuciosamente, sus propias palabras y sus interpretaciones a continuación. Dice así: “Abar”: que pase; “Anid”: humillación; “Moib”: que procede de mis padres; “Nogilé”: de su condena; “Daasím”: de su degradación; “Ané”: y de su sufrimiento; “Daasím”: por la degradación; “Nogilé”: en la condena; “Moib”: a través de mis padres; “Anid”: desde una humillación; “Abar”: pasada; “Selam”: en un apostolado de perfección.

Esta es, pues, la secta de los Osenos, antes mencionada más arriba, la que lleva un género de vida al estilo de los Judíos en guardar el sábado, circuncidarse y cumplir todas las exigencias de la Ley; sólo por el hecho de rechazar los libros <de Moisés> - al igual que los Nasareos – esta [secta] se separa, diferenciándose de las otras seis de las siete sectas. Es suficiente para refutar esta [práctica] que la misma es extraña a Dios, ya que el Señor dijo claramente: “Los sacerdotes en el [Templo] profanan el sábado”.^{xcii}

Pero, ¿qué es esta profanación del sábado sino que nadie hacía ningún trabajo en sábado, mas los sacerdotes en el Templo quebraban el sábado al ofrecer sacrificio, profanándolo por el continuo sacrificio de animales?

Seguiré [hablando] de esta secta también. Pues este Elxai se asoció con los Ebionitas que surgieron después de Cristo, pero también con los Nazoreos que vinieron más tarde. Cuatro sectas se han servido de él, ya que fueron hechizadas por su error: <la secta> de los Ebionitas y de los Nazoreos <que surgieron> después, los Osenos – los anteriores a él y los contemporáneos con él – y los Nasareos, expuestos por mí más arriba.

Esta es la <sexta> secta de las siete que hay en Jerusalén, las cuales persistieron hasta la venida de Cristo y, después de la presencia encarnada de Cristo, hasta la conquista de Jerusalén, la cual fue realizada por el príncipe Tito, hermano de Domiciano e hijo de Vespasiano, en el segundo año del reinado de su padre Vespasiano. Después de la conquista de Jerusalén, esta y las otras sectas mencionadas – me refiero a los Saduceos, los Escribas, los Fariseos, los Hemerobaptistas, los Osenos, los Nasareos y los Herodianos – continuaron por poco tiempo hasta que, a su tiempo y sazón, cada una de ellas fue disuelta y dispersa.

A partir de esta [descripción] cada persona sensata tiene lo suficiente como para preparar para sí el antídoto para la demencia de estos y para las palabras de la proclamación del pernicioso veneno, censurando su enseñanza y su charla vulgar, y más cuando el Señor dice directamente en la Ley y en el Evangelio: “No tendrás otros dioses”^{xcii}, “No tomes el nombre de otro [dios] para hacer juramento”^{xciii}, y de nuevo dice en el Evangelio: “No juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por algún otro juramento, sino que sea vuestro Sí, sí, y No, no; pues lo que excede esto procede del maligno”^{xciv}. Yo pienso que el Señor profetizó acerca de esto debido a que vendrían algunos que dirían que hay que proferir juramento en nombre de otros [dioses]. En primer lugar, no hay que jurar, ni por el Señor ni por algún otro juramento, pues el jurar <procede> del maligno. En efecto, también era el maligno el que hablaba en Elxai, el que no sólo obligaba a jurar por Dios sino también por la sal, por el agua, <por el pan>, por el aire, por el viento, por la tierra y por el cielo. Es suficiente que el que quiere ser curado se sirva de un antídoto que contrarreste, como en un paso entre dos argumentos, el error de aquel. A continuación, dejando atrás la palabrería insustancial y la perfidia de esta secta, haré la refutación de la séptima secta, que era corriente entre los mismos [Judíos] entonces, y es esta.

XX

Sobre los Herodianos, secta del Judaísmo

Una vez más, después de esta y las otras, hubo una llamada [secta] de los Herodianos. Estos no tenían nada distinto, sino que <eran> Judíos por completo, ociosos e hipócritas. Creían que Herodes era el Cristo; consideraban que el mismo Herodes era el Cristo esperado en todas las Escrituras de la Ley y de los Profetas y, engañados sobre él, alababan a Herodes, habiendo sido cautivados por la interpretación de un pasaje (por medio del cual también rendían vano honor al entonces rey): “No faltará un gobernante de Judá ni un regente de sus lomos, hasta que venga aquel para quien está preparado”^{xcv} o, como se registra en otras transcripciones: “Hasta que venga aquel para quien las cosas están preparadas”. Herodes resultó hijo de un tal Antípater de Ascalón, esclavo al servicio del ídolo en el templo de Apolo; el nombre del padre del mismo Antípater era Herodes, y este [Herodes] también fue hijo de un Antípater. Este Antípater fue hecho prisionero por los Idumeos y mientras moraba en aquel lugar engendró a Herodes. Como era pobre e incapaz de dar rescate por su hijo – me refiero a Antípater – permaneció mucho tiempo sirviendo como esclavo; pero después fue rescatado junto con su hijo Herodes por una colecta de los ciudadanos y volvió a casa. Por lo cual algunos le dicen Idumeo, pero otros saben que es de Ascalón. Después se hizo amigo con Demetrio, fue constituido gobernador de Judea, y llegó a ser conocido del emperador Augusto. A partir de su gubernatura se convirtió en prosélito, se circuncidó y circuncidó a su hijo Herodes, al que le tocó en herencia el reino de Judea; pero fue rey en Judea gobernando como tributario sometido al emperador Augusto. Ya que este descendiente de extranjeros reinaba – el reino de Judá y de David se mantuvo pero los gobernantes y patriarcas de Judá habían cesado, pasando el cargo real a un extranjero – el engañarse y considerar que este era el Cristo pareció algo plausible para el pensamiento de los errados como consecuencia del antedicho pasaje: “No faltará un gobernante de Judá hasta que venga aquel para quien está preparado”. Esto es entendido entre ellos <de este modo>, que para él fue preparado, pues afirman: Cesaron aquellos^{xcvi} y este no es descendiente de Judá, ni siquiera proviene de Israel; el ser el Cristo fue dispuesto para uno de tal cualidad.

Pero lo que sigue los refuta, pues dice: “Él es la esperanza de las naciones y en Él confían los pueblos”.^{xcvii} Pero ¿cuál de los pueblos confió en Herodes? ¿Qué clase de “esperanza de las naciones” espera Herodes? ¿Cómo se cumplió para ellos lo de: “Se acostó como león y como cachorro de león, ¿quién lo despertará?”^{xcviii} ¿Dónde Herodes “lavó en sangre su vestido” o “en la sangre de la vid su manto”^{xcix} como nuestro Señor Jesucristo,

que roció su cuerpo con la propia sangre y su manto con la sangre de la vid? Más bien, “piensa lo que digo. Pues el Señor te dará entendimiento en todas las cosas”.^c Para que se revele el sacrificio de restauración del pueblo del Señor [Jesucristo] vino para purificar, por medio de su propia sangre, los dientes manchados con la sangre del holocausto y el sacrificio inicuo de la enseñanza de los hombres. ¿Y qué puedo decir sobre la multitud de cosas que quedan por contar? Pues es mucho y el tiempo no permite alargar la discusión acerca de la refutación de las sectas antes mencionadas.

Estas siete sectas estaban en Israel – en Jerusalén y en Judea – pero las antedichas cuatro sectas de los Samaritanos estaban en Samaria; pero la mayoría han sido eliminadas. Pues [ya no existen] ni los Escribas, ni los Fariseos, ni los Saduceos, ni los Hemerobaptistas, ni los Herodianos; sólo se encuentran algunos Nasarenos dispersos – si por casualidad, uno o dos – en la Tebaida superior y más allá de Arabia. El resto de los Osenos ya no practican el Judaísmo sino que se han unido a los Sampsititas, quienes a su vez están situados en la región del Mar Muerto; al presente, se han unido a la secta de los Ebionitas. Ocurrió que estos se escindieron del Judaísmo, como cuando la cola o el cuerpo de una serpiente es cortado y a partir de él crece una víbora de dos cabezas y sin cola, que se ha desarrollado y está ligada a un cuerpo cortado al medio.

Hasta aquí llega la conversación acerca de las cuatro sectas de los Samaritanos y de las siete de los Judíos, las cuales ya no existen <salvo> sólo tres de los Samaritanos – me refiero a <la> de los Gorotenos, la de los Dosíteos y la de los Sebueos. Los Esenos han desaparecido por completo, como si hubieran sido sepultados en la oscuridad. En cuanto a las sectas que había entre los Judíos, no quedan más que la de los Osenos y unos pocos Nasareos dispersos. Pero los Osenos se pasaron del Judaísmo a la secta de los Sampseanos, los cuales no son ni Judíos ni Cristianos. Hasta aquí llegan las cosas sobre las que he hablado antes.

XXI

Sobre la encarnación del Hijo de Dios

Inmediatamente después vino a morar la presencia encarnada de nuestro Señor Jesucristo, la cual puso fin a las antedichas siete sectas en Jerusalén, su poder las extinguió y las dispersó. En cuanto al resto, todas las demás sectas han surgido después de su residencia - me refiero a después de que María recibió en Nazaret la buena noticia por parte de Gabriel - y, en resumen, después de todo [el tiempo de] la presencia encarnada del Señor, luego de la Ascensión. Pues a Dios le pareció bien que su propio Hijo descendiera y fuera contenido en una madre virgen por la salvación de los hombres, aun siendo la Palabra del cielo, engendrado intemporalmente y sin principio en el seno del Padre, pero venido en los últimos días. Es la Palabra de Dios, verdaderamente engendrado de Dios Padre, es consustancial^{ci} al Padre y en nada se diferencia del Padre, sino que es inmutable e invariable, impasible y completamente sin experimentar sufrimiento, aunque sufrió junto con nuestra raza. Vino del cielo, fue concebido no por simiente de hombre sino por el Espíritu Santo, tomó verdaderamente un cuerpo de María, moldeando para sí la carne [recibida] de la madre, la santa Virgen, y tomó un alma humana, una mente y todo lo que es propio del hombre a excepción del pecado, unificándolo en sí mismo por su divinidad. Nació en Belén, fue circuncidado en la caverna, presentado en Jerusalén, llevado en brazos por Simón, reconocido por Ana, la profetisa [hija] de Fanuel, y llevado a Nazaret. Al año siguiente fue a Jerusalén a ser presentado ante el Señor, llegó a Belén – donde tenía parientes – cargado por [los brazos de] su madre. Otra vez fue llevado de nuevo a Nazaret y al segundo año marchó a Jerusalén y a Belén, cargado del mismo modo por su propia madre. En Belén vino a una casa con su propia madre y con José, que era anciano pero estaba [casado] con María. Allí, al segundo año de su nacimiento, fue visto y adorado por los magos que le dieron regalos, y en esa misma noche trasladado a Egipto a causa de haber sido advertido José por un ángel; volvió de allí nuevamente después de dos años cuando, al morir Herodes, fue sucedido por Arquelao.

En el trigésimo tercer año [del reinado] de Herodes, en el cuadragésimo segundo del emperador Augusto, nació el Salvador en Belén de Judea. Bajaron a Egipto en el trigésimo quinto año [del reinado] de Herodes, y subieron desde Egipto después de la muerte de Herodes. Por lo cual, a los treinta y siete años

del reinado del mismo Herodes – puesto que al cumplirse treinta y siete años Herodes murió – el niño tenía cuatro años. Arquelao reinó nueve años. En el principio de su reinado José salió de Egipto junto con María y el niño, pero al escuchar que Arquelao reinaba se retiraron a la región de Galilea y entonces habitaron en Nazaret. Arquelao engendró a Herodes el Joven, y este Herodes reinó como sucesor al noveno año del reinado de su padre Arquelao. Así fueron contados trece años de la Encarnación de Cristo. En el décimo octavo año [del reinado] de Herodes, el de sobrenombre Agripa, Jesús comenzó su predicación. En ese entonces recibió el bautismo de Juan y predicó un “año agradable”^{ciii}, sin ser contradicho por nadie, ni por los Judíos, los Griegos, los Samaritanos ni ningún otro. Luego, con oposición, predicó un segundo año; esto ocurrió en el onceavo año del mismo Herodes, el trigésimo segundo del Salvador. Pero en el vigésimo año [del reinado] de Herodes, llamado el Tetrarca, devino la impasibilidad y la salvación de la pasión, gustó la muerte, hasta la muerte en la cruz^{civ}, padeció en verdad pero permaneció impasible en su divinidad (“Pues Cristo sufrió por nosotros en la carne”^{cv} dice la Sagrada Escritura, y también “siendo muerto en la carne, pero vivificado en espíritu”^{cvi} y lo que sigue). Crucificado y sepultado, descendió al inframundo en divinidad y en alma, cautivó la cautividad y resucitó al tercer día con el mismo cuerpo santo, habiendo unido el cuerpo a la Divinidad, [un cuerpo] que no [está afectado por] la disolución, que no sufre ni es dominado por la muerte (como dice el Apóstol: “La muerte no se enseñorea de Él”^{cvii}).

Verdaderamente tiene el mismo cuerpo, la misma carne, la misma alma y todas las mismas cosas; fortaleció y unificó en una unidad, en una Divinidad, no algo distinto al cuerpo actual, sino el cuerpo actual, [volviendo] lo carnal incorruptible, lo corporal espiritual, lo grosero etéreo, lo mortal inmortal, y nunca ha visto corrupción. Su alma no fue dejada en el Hades, no fue separado del cuerpo a causa del pecado ni su mente fue manchada por el cambio sino que, al tomar todas las [características] del hombre, las conservó todas completas, habiendo sido concedidas por la Divinidad a la verdadera encarnación a causa de las razonables necesidades, me refiero a las que surgen de un cuerpo, de un alma y de una mente humanos, las que confirman la plena certidumbre^{cviii}, esto es, al hambre y la sed, al lamento y al desánimo, al llanto y al sueño, al cansancio y al reposo. Pues estas cosas no son una forma de pecado sino una señal de la más verdadera encarnación, ya que en verdad la Divinidad se reúne con la encarnación sin sufrir las [vicisitudes] humanas,

pero consiente las [necesidades] admisibles y las que están exentas de pecado y resguardadas de cambio. Pero también resucitó y entró estando las puertas cerradas, para que se vea que lo grosero [se transformó] en etéreo, aunque es el mismo [cuerpo] con carne y huesos. Después de entrar mostró las manos, los pies y el costado perforado, los huesos, los nervios y lo demás, de modo que lo visto no es una fantasía; Él se volvía así la promesa de nuestra fe y esperanza al cumplir todas [¿las profecías?] por sí mismo. Se reunió [con los discípulos] no en apariencia sino en verdad, e instruyéndolos les enseñó a predicar el Reino de los Cielos en verdad, señalando a los discípulos lo más grande y más eminente al decir: “Discipulad a las naciones”, esto es, haced volver a las naciones de la maldad a la verdad, de las sectas a la sola unidad; “bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, en el supremo nombre de la Trinidad, el santo y real sello, para que a partir de [la palabra] “nombre” se demuestre que no hay ninguna modificación en la única Unidad.^{cix} Puesto que a los que se bautizan Él les ordena <ser sellados> en el nombre del Padre, la glorificación está asegurada; “en el nombre del Hijo”, el sobrenombre [no se aplica] de modo inferior^{cx}; “en el nombre del Espíritu Santo”, el lazo, no dividido ni separado, lleva el sello de la Divinidad una.

Y fue llevado al cielo con el mismo cuerpo, la misma alma y la misma mente, uniéndolos en una unidad y perfeccionándolos en una sustancia espiritual y divina. Se sentó a la diestra del Padre, habiendo enviado mensajeros a todo el mundo: Simón Pedro, su hermano Andrés, Jacobo y Juan hijos de Zebedeo, a los que eligió al principio, Felipe y Bartolomé, Mateo, Tomás, Judas Tadeo y Simón el zelote; pero Judas Iscariote, aunque antes se había contado entre los doce, al volverse un traidor fue cortado de la santa lista de los apóstoles. También envió a otros setenta y dos a predicar, entre los cuales estaban los siete que fueron puestos a cargo de las viudas: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, pero antes de estos estuvo Matías, que fue agregado junto con los apóstoles en lugar de Judas. Después de estos y de Matías, que estuvo antes de ellos, estuvieron Marcos y Lucas, Justo, Barnabás y Apeles, Rufo, Níger y los demás de los setenta y dos. Después de todos estos, y junto con ellos, eligió a Pablo, el santo apóstol, [llamándolo] con su propia voz desde el cielo para que fuera apóstol y mensajero de los gentiles a la vez que el que complete la enseñanza apostólica. [Pablo] encontró a san Lucas, que era uno de los setenta y dos que se habían dispersado, al cual llevó al arrepentimiento, lo hizo su seguidor y <lo declaró> colaborador del Evangelio

a la vez que apóstol. Y de esta manera se llevó a cabo todo el trabajo evangélico, hasta este tiempo.

Hasta aquí llegará mi tratado acerca de las veinte sectas y de lo que les siguió - el surgimiento de la iluminación evangélica en el mundo a través de Cristo y sus discípulos - mencionado por mí de la manera más breve posible. Al reunir y comparar las predicciones y las profecías semejantes tomadas de la Ley, los Salmos y las otras [Escrituras], es posible ver las concordancias y las conclusiones derivadas y tener la seguridad que la presencia encarnada de Cristo y la enseñanza evangélica son ciertas y no falsas, indubitables, habiendo sido preanunciadas desde el Antiguo Testamento. Pero para no extender demasiado la composición del tratado, me conformaré con estos.

Siguiendo adelante, a continuación expondré de igual modo las creencias que surgieron después en el mundo por un mal motivo, habiendo ya contado las once [sectas] de los Judíos y de los Samaritanos y las nueve de los Griegos, los Bárbaros y los demás antes de ellos, surgidas antes de la presencia del Señor y hasta su época.